FORMA 500

Correspondencias Registradas

39

RECIBO DE DEPOSITO

Pieza núm. 16887

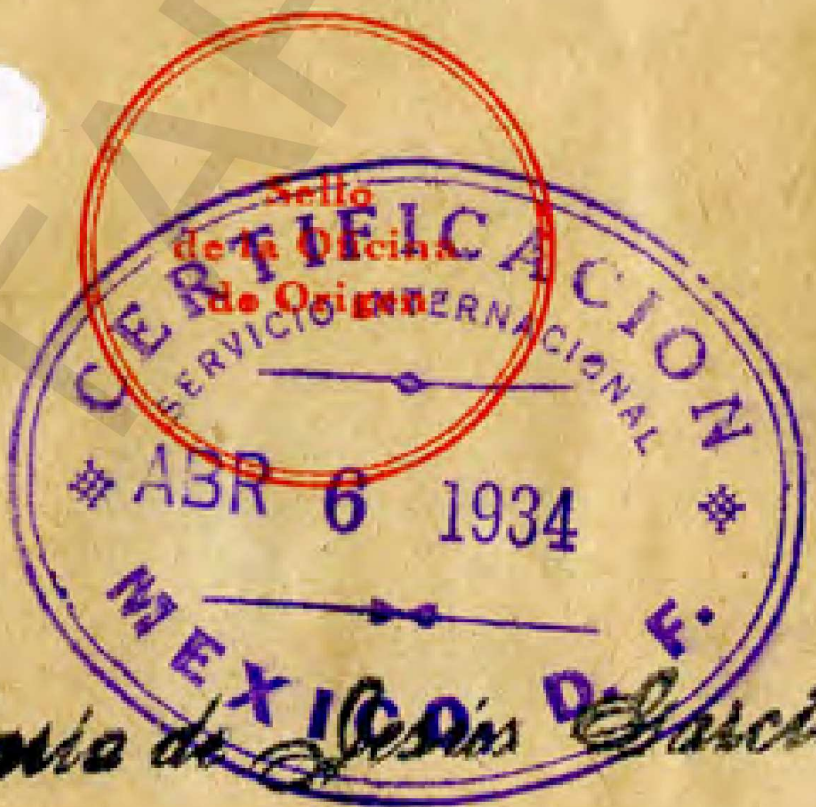
Para la oficina en Nelson

British Columbia

Estado de Canada

Sello de la Oficina de Origen

CERTIFICACION
SERVICIO INTERNACIONAL
ABR 6 1934
MEXICO D. F.



Maria de Jesús García

FAPECFT

Suite 45 Annable Bld.,
Nelson, B.C.,
8 de febrero de 1934.

Señor General
P. Elías Calles,
Presidente de México,
Ciudad de México, México.

Estimado Señor Presidente:

La carta adjunta, que me fué dirigida por su buen amigo el señor S.A.Knapp se explica por sí misma.

Siguiendo el consejo que me da y la recomendación que me hace, me permito escribir a usted, para saber si sería posible y conveniente que se me facilitaran ejemplares de las leyes sobre la plata dictadas por el Gobierno de México. Desearía enviarlas al H. W.L.MacKenzie King, Jefe del Partido Libertal en Ottawa, y al H. T.D.Patullo, Primer Ministro de la Colombia Británica, con saludos de usted. Desearía mucho tener copias de vuestras leyes sobre la plata y del proyecto de ley sobre dicho metal Wheeler, para su conocimiento y orientación, en la lucha que llevamos para la remonetización de la plata en el Canadá al tipo del 16 x 1.

Creo y pienso, a la par del señor Knapp, que nuestra causa es la causa común y justa de todo el mundo. Esperando que lo anterior merezca su aprobación soy de usted con todo respeto,

(Firmado) J.M.Ryan,

Nelson, B.C.

Canadá.

FAPECFT

Con esta fecha se han mandado las siguientes traducción al señor J.M.Ryan:

"Diario Oficial" March 22nd 1933.- No. 19.- Banking Legislation.- Decree Modifyng the Monetary Law of 25th July 1931".

"Diario Oficial" March 22nd 1933.- No. 19.- Banking Legislation.- Decree amending the Law of 12th April 1933, reformatory of that constituiting the Banco de México".

"Mexico's Contribution to the study of the Topics on The Agenda 7th Pan-American Conference. Dealing with Section IV. Topic 9-b.- Gold Monometallism, and Bimetallism.- The Silver Question in Mexico.- By Joaquin D.Casasús."

"Mexico's Contribution to the study of the Topics on the Agenda of the 7th Pan-American Conference. Dealing with Section IV, Topic 10-a.- Program for the establishment of a Pan-American bimetallic Currency System.- By José Luis Requena, L.D."

Abril 6 de 1934.

Con esta fecha se mandó al señor J.M.Ryan la siguiente traducción:

"Mexico's Contribution to the study of the topics on the agenda of the 7th Pan-American Conference.- Section IV, Topic 10.- A solution of the worls wide economic crisis, by Constantino Pérez Duarte E.C.

Abril 23 de 1934.

Con esta fecha se mandó al señor J.M.Ryan, la siguiente traducción:

"The Pan-American Economic Union. (A common monetary system). C.Pérez Duarte.

Mayo 22 de 1934.

FAPECFT

CONTRIBUCION DE MEXICO AL ESTUDIO DE TEMAS DE LA AGENDA DE LA 7ª CONFERENCIA PANAMERICANA

AL REDEDOR DEL
CAPITULO IV
TEMA 9-b)

MONOMETALISMO ORO Y BIMETALISMO

(LA CUESTION DE LA PLATA EN MEXICO)

POR

JOAQUIN D. CASASUS

MEXICO
IMPRENTA DE LA SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES
1933

FAPECFT

Nota: La Delegación de México a la 7ª Conferencia de Montevideo no es, necesariamente, solidaria de todas las ideas, expresiones y fórmulas concretas de solución que pueda contener este estudio. Siendo como es, fundamentalmente, el propósito de México presentar sus puntos de vista *en vía de consulta* ante las demás Delegaciones, la aportación de opinión o de trabajo que esta publicación significa, debe considerarse sólo como material para la formación definitiva del criterio de la Conferencia.

FAPECFT

El presente estudio, publicado hace treinta años por el Lic. D. Joaquín D. Casasús, uno de los economistas más destacados de su época, expone con claridad el problema en México con rasgos que no han envejecido, sino que, por el contrario, asumen extraordinaria actualidad. A esta característica obedece el que se reimprima hoy, como una aportación marginal de México a estos estudios.

FAPECFT

MONOMETALISMO ORO Y BIMETALISMO

FAPECFT

EL MONOMETALISMO ORO

Las teorías sobre las cuales se apoyan los sistemas monometálico o bimetálico, son de tal manera conocidas, sobre todo después de los notables estudios que han sido realizados en estos últimos años, que es inútil repetirlas. Nuestro objeto, por lo tanto, no es exponer estas teorías, sino considerar desde un punto de vista práctico la acción de los sistemas monetarios sobre el estado actual de la circulación y su mayor o menor eficacia, a fin de poner un término a la crisis de la cual sufren todas las grandes potencias comerciales del mundo.

Es cierto que el sistema monometálico o sistema que tiene como talón un metal único, puede ofrecer una moneda de valor relativamente fijo que satisfaga al ideal monetario y que al mismo tiempo que sirva a facilitar los cambios y medir el valor de los productos de toda clase, permita expresar por sí misma el valor de las operaciones al término, sin que los deudores y los acreedores se vean expuestos a resentir los efectos de graves perturbaciones a las cuales están sometidas actualmente las monedas de todos los países. Pero en las condiciones actuales del progreso humano y teniendo en cuenta la cantidad de metales preciosos ¿la adopción del oro como talón de moneda monometálica sería posible y los males que podría causar serían mayores o menores que aquellos que se pretende evitar?

Este problema es el que debe resolverse, pues, según nosotros, es imposible adoptar el monometalismo oro porque la reducción que el stock monetario debería sufrir no podía ser compensada por un acrecentamiento de la rapidez de la circulación; la baja

FAPECFT

de precios ahogaría la producción agrícola e industrial y el hecho de pasar del estado actual a aquel que crearía la modificación de las leyes monetarias, causaría una profunda crisis monetaria y comercial que arruinaría a los deudores en favor de los acreedores.

Tomando en cuenta las valuaciones aproximadas que han sido hechas del stock monetario, sea por el señor Stoetbeer, sea por el Director de la Moneda de los Estados Unidos, se puede decir, sin temor de equivocarse, que el 60% está formado de moneda de oro y el 40% de moneda de plata.

Por lo tanto, ¿se podría desmonetizar la plata existente y privar los cambios de todas las facilidades que proporciona esta gran cantidad de moneda en circulación?

El primer efecto de esta medida sería una nueva baja sobre los precios menos sujetos a fluctuaciones, es cierto, pero más intenso que aquello que se ha hecho sentir hasta el presente, porque la prima de que goza el oro actualmente y que es debida en gran parte a la absorción que han hecho los Estados Unidos, Alemania, Italia y algunas naciones de Sudamérica, aumentaría el precio en una proporción muy grande. Todas las naciones deberían procurarlo a todo precio y la producción decreciente del oro no regularizaría el trastorno que tendría lugar en un período de tiempo igual a aquel del que se tendría necesidad para que la masa del metal reemplazara la plata desmonetizada, teniendo en cuenta sobre todo que los progresos de la industria exigen cada día un aumento de moneda que es absorbido sin dar lugar ni a crisis, ni a perturbaciones.

El período durante el cual se producirían estos hechos sería largo. Si la producción anual del oro sólo representa un 1½ de su suma total, suponiendo asimismo que el progreso industrial paralizado o disminuído por la rarefacción del numeral no absorbiera nada, sería necesario una larga serie de años seguramente para regresar al ya bajo término medio de los precios actuales.

Se podía decir sin embargo que se exagera la influencia que la moneda tiene sobre los precios, puesto que estos últimos dependen menos de la cantidad que existe en circulación que del coeficiente de rapidez que la moneda alcanza.

Pero formular un argumento de que la reducción del stock monetario trae consigo la disminución del mencionado coeficiente de rapidez en lo que toca a la masa que se separa de la circulación, es desconocer la teoría de la circulación. El stock monetario no ayuda a fijar el coeficiente de la rapidez. Es ello lo que arregla la cantidad de moneda de que un país tiene necesidad por sus cambios interiores. Lo que sucede es precisamente lo contrario; la reducción artificial o natural del stock metálico tiende a hacer disminuir el coeficiente normal de la rapidez de la circulación, porque la base sobre la cual se apoya para elevarse, reduciéndose, engendra las crisis que no son otra cosa que las profundas perturbaciones que provoca la desproporción que se establece entre las mercancías listas para ser cambiadas contra numerarios y el numerario que disminuye a causa del brusco descenso que experimenta el coeficiente de la rapidez.

Esta verdad ha sido muchas veces puesta a un lado por los mismos adversarios del monometalismo; no deja por esto, sin embargo, de tener una gran importancia y de contribuir potentemente a demostrar que la adopción del monometalismo no solamente produciría la destrucción de los capitales que representan la plata en circulación y aquellos que están comprometidos en las minas explotadas, sino que a la baja de precios se unirían las sacudidas rápidas y frecuentes a las que estaría expuesta una circulación disminuída, base estrecha de la estabilidad del coeficiente de la rapidez.

La vieja observación de Stirling aparece de nuevo en el campo de la discusión serena y se dice que en el último análisis si la baja general de los precios tiene lugar, ésta no influirá sobre la producción, porque se dará una cantidad menor de moneda por una mayor cantidad de mercancías, sin modificar la proporción no del cambio de las mercancías entre sí, pues sus condiciones de producción no variarían.

La observación es más especiosa que cierta. Cómo lo hicimos ya notar, las modificaciones que sufren los precios no tienen lugar por obra de magia y con la precisión de los resultados de un cálculo algebraico, sino que la baja se produce lenta y sucesivamente y, durante este período, ciertas clases de la sociedad son alcanzadas en detrimento de las otras y son desgra-

ciadamente las más numerosas aquellas que no han podido asegurar el goce de los fuertes capitales amonedados.

Todas las empresas antes productivas bajan, la producción de la riqueza se detiene porque su costo actual no puede ser cubierto con el precio que alcanzará después, y todas las condiciones que dominan los cambios tendrán que sufrir serias modificaciones.

No se ha querido distinguir la diferencia radical que existe entre la baja de los precios que se determina a causa de una disminución en el costo de producción, y la que tiene por origen una alza en el poder de adquisición de la moneda, la una natural, la otra artificial; la primera produciendo el bienestar social, el aumento del consumo de las clases poco acomodadas de la sociedad, el crecimiento de los salarios, la disminución del interés de los capitales y un mayor desarrollo en la producción; la segunda, pérdidas para el productor, la disminución de los salarios de los obreros, el aumento de la tasa del descuento, la restricción del consumo y un retraso en el progreso social.

Señalar esta diferencia, es evitar a quienes no preocupa la baja de los precios, lamentables confusiones.

Pero los malos efectos del monometalismo oro se ponen de relieve cuando se estudia los que han llamado a producir en las relaciones existentes entre acreedores y deudores.

El valor de todas las deudas crece por la alza del valor del metal con el cual deben ser satisfechas, y los deudores se encuentran en la necesidad, sin compensación posible, para devolver los capitales recibidos, dar una mayor suma de trabajo, que la que representaban cuando los tomaron prestados. Es verdad que cuando, por el contrario, el numerario se deprecia, son los acreedores quienes, a su turno, se encuentran lesionados; pero desde el punto de vista del progreso social, es preferible que sean estos últimos quienes sufran la pérdida.

M. Mallet, miembro de la Gold and Silver Commission, decía en su informe: "El movimiento de apreciación progresivo del numerario metálico, produce un efecto enteramente opuesto porque bajo su influencia quienes se encuentran en posesión de riquezas adquiridas, se aprovechan a expensas de aquellos que luchan por adquirirlas, lo que engendra el malestar de las cla-

ses laboriosas y productoras de la sociedad. Por otra parte, si este movimiento debe sobrevenir por una adulteración del valor en el talón monetario, una perturbación en las relaciones entre deudores y acreedores, está más de acuerdo con los intereses comerciales e industriales del país, puesto que es más favorable a las clases deudoras que a las acreedoras."

M. Levasseur, en el Congreso Monetario de París de 1889, respondía a estas observaciones, diciendo que era preferible no perjudicar ni a los intereses de los acreedores ni a los de los deudores, dando al signo monetario más firmeza, lo que el monometalismo oro podía sólo realizar.

Para fundar su opinión, decía:

"Los contratos estipulados pagaderos en moneda legal, siguen la suerte del único metal reconocido como talón; no sufren más las fluctuaciones del predominio del uno o del otro, y no son sometidos a una alternativa que hace siempre llegar hacia los acreedores, el metal depreciado. Esta condición nos aproxima, pues, por más tiempo, a la estabilidad, y nos parece, además, más equitativa."

He aquí por qué: Con el doble talón, el deudor escoge, y es la voluntad de un hombre la que, por su elección, determina el valor de la moneda. Con el talón único, este valor inherente a una cosa, —entiéndase bien, a una cosa,— y no a una voluntad humana; y yo agrego, a una cosa única, la cual puede también valer más —lo que sería provechoso para el deudor,—que valer menos, lo que aprovecharía al acreedor.

El error de M. Levasseur, defendiendo los efectos del monometalismo, es el mismo que cometen todos sus partidarios. Sostienen el ideal monetario que creen más fácilmente realizable, con el talón único que con el doble talón, o por decir mejor, solamente realizable con el talón único. No se preocupan de los efectos que produciría un cambio, substituyendo el nuevo sistema, al estado actual, esta transición que podría producir los graves inconvenientes que nosotros señalamos.

Combatiendo el doble talón, atacan los efectos a los cuales daría lugar su establecimiento, sin preocuparse de saber si serían más o menos graves que aquellos que aportaría el monometalismo.

Sin duda alguna, si el sistema monometálico fuera establecido con un stock oro igual al total stock metálico del mundo, sería en mucho preferible el régimen actual que se distingue por la ignorancia más completa de las sanas nociones de la naturaleza de la moneda; pero no sería así, si se adoptara el monometalismo con el oro, como metal único, porque surgirían al aplicarlo, vista la cantidad restringida de este metal, los inconvenientes que nosotros señalamos.

Para salir de la situación presente, es preciso experimentar crisis, es verdad, y cualquiera que sea la resolución que se adopte; pero la preferencia se dará a la que traiga consigo menos dificultades y, ciertamente, esto no será la adopción del monometalismo.

Estos inconvenientes no son los únicos que producirá el monometalismo. Otros más graves pueden ser observados.

Los países pobres, de volumen comercial estrecho, cuyas importaciones exceden a sus exportaciones, tendrían inmensas dificultades para procurárselo, y más aun para retenerlo en la circulación. Las naciones poderosas que lo tienen actualmente en circulación o que podrían atraerlo por compras sucesivas de todo género, lo conservarían de acuerdo con su importancia comercial, pero huiría para siempre de los mercados de segundo orden.

Las leyes que rigen la distribución de los metales preciosos que hacen función de moneda, son muy conocidas. Allá, en donde las mercancías tienen en relación con la moneda, un valor menor comparado con el que pueden alcanzar otros países, allá van los metales preciosos a buscar un cambio favorable. Estos son precisamente los países pobres, que tienen valores más elevados y que, guardando la verdadera proporción, tienen necesidad de una mayor cantidad de signos monetarios para satisfacer las exigencias de su comercio interior o exterior. Resultaría, pues, que los países que tendrían más necesidad de los metales preciosos, serían los que los atraerían menos.

Cuando, dada la masa enorme de los cambios que tienen lugar en todos los países, se escoge para llenar funciones de moneda, una mercancía que existe en cantidad reducida o que no puede guardar la proporción real con el servicio que va a rendir,

ésta produce necesariamente inconvenientes como el que acabamos de señalar.

El sistema monometálico oro causaría, pues, males más grandes que aquellos que se quieren evitar actualmente. La reducción del stock metálico existente le evitaría funcionar de acuerdo con la teoría que le sostiene y volvería onerosa y difícil al extremo, la distribución del oro en circulación entre todas las naciones. Daría una mayor estabilidad a la moneda, pero solamente después de haber producido perturbaciones más profundas que las conocidas hasta ahora, volvería, al mismo tiempo, más equitativos los cambios, es verdad, pero después de haber arruinado, durante el período de la confusión, a la mayor parte de los productores.

Para expresar nuestra opinión completa, diremos lo que la Gold and Silver Commission de los Estados Unidos, creada en 1876, decía en su informe al Senado Americano:

La filosofía del doble talón consiste en que un aumento del valor de la moneda y una baja general de todos los precios son los mayores males que pueden sobrevenir. En tanto que es inútil tomar precaución alguna contra la baja del valor de la moneda, atendiendo a que no se puede señalar en toda la historia de la raza humana, un solo momento en que la baja del valor de uno de los dos metales no haya traído consigo un beneficio para la humanidad.

En cambio, durante cada período en que ha tenido lugar una elevación del valor de la moneda, ha sido siempre acompañada de un desastre financiero, industrial y social. La alza del valor de la moneda y la baja de los precios, son más perjudiciales y causan más miseria que la guerra, el hambre y la peste, y provocan más injusticias que todas las malas leyes promulgadas hasta la fecha.

EL BIMETALISMO

La única solución eficaz del problema monetario, es pues, el bimetalismo.

En efecto, al mismo tiempo que este sistema monetario puede ofrecer una moneda de valor estable, poniendo un término a

las incesantes fluctuaciones que sufre ahora, es el único que produciría perturbaciones menos graves, modificando la situación actual de los mercados monetarios.

Sin embargo, ningún sistema ha sido más combatido que el sistema bimetálico, ya sea diciendo que es anticientífico porque viola abiertamente las leyes naturales, ya sea asegurando que podría llamarse más exactamente el sistema del talón alternativo, porque el metal depreciado será el único de los dos metales que se conservará en la circulación conforme a los principios sobre los cuales descansa la ley de Gresham, en virtud de la cual el bimetalismo sería una ficción legal más que una realidad.

Se ha pretendido igualmente demostrar que no llegaría jamás a producir la estabilidad del precio de las mercancías, lo que impediría celebrar contratos a plazo y que perturbaría el desenvolvimiento del crédito, deteniendo el progreso humano.

Hemos expresado el deseo de ocuparnos lo menos posible de las discusiones teóricas, pero es difícil no refutar de antemano juicios de tal manera erróneos, que si fueran ciertos harían toda discusión inútil, porque nadie podrá sostener el bimetalismo si este sistema no pudiera ser puesto bajo la égida protectora de la ciencia.

Fué M. F. Passy quien dijo en el Congreso Monetario de París: "Nosotros sostenemos que ningún Gobierno tiene no solamente el derecho, sino el poder de mantener entre dos valores, entre dos mercancías variables, tanto en un sentido como en el otro, en proporciones imposibles de determinar, una relación fija e invariable. Es precisamente esta variabilidad inevitable de la mercancía oro y de la mercancía plata, lo que hace imposible determinar una vez por todas sus precios respectivos. No es, a pesar de lo que se diga, la monetización la que da al oro y a la plata su valor, es el valor propio del oro y de la plata lo que confiere a estos metales función monetaria."

M. Passy formulaba con una gran claridad el viejo argumento de Newton y Locke y de M. Chevalier, el gran economista tan recordado, pero olvidaba, como pasa siempre, que si es cierto que la moneda debe ser hecha con una mercancía, es decir, con un objeto que tenga su valor propio, no todas las mercancías pueden ser moneda, y que para fijar el valor de la moneda, es

preciso considerar que tenga además un elemento que no tienen el resto de las mercancías.

No es, en efecto, el Estado el que crea el valor, él no puede dar valor a un guiñapo, pero como debe, por medio de sus leyes establecer la moneda, y siendo ésta el instrumento necesario para todos los cambios, al determinar la mercancía o las mercancías que deben ser aceptadas, les va declarando a las monedas un elemento que no tenían antes y crea una demanda poderosa, cuya influencia puede impedirse solamente fijando el monto de la masa enorme de cambios en que deberán necesariamente intervenir.

¿Se puede desconocer esta influencia? De ello depende la mayor estabilidad que posee el valor de los metales que hacen funciones de monedas y no de las condiciones de su producción. Ahí está la diferencia fundamental que existe entre el valor de una mercancía cualquiera y la mercancía especial llamada moneda.

Evitad que la plata continúe llenando las funciones de moneda, la asimilaréis a no importa que otra mercancía, siendo diferentes las leyes que fijarán sus precios. Elevadla de nuevo al goce de sus antiguas funciones y su valor volverá a ser relativamente estable. Desmonetizad el oro como lo pretendieron M. Levasseur y M. Chevalier, hace más de 30 años, y el oro mercancía se encontrará en las mismas condiciones que aquellas en que se encuentra la plata en la actualidad.

Extended su función monetaria dejándola sola en la circulación y sobrevendrá el alza de su valor. Esta inestabilidad, estas fluctuaciones, son la obra del Estado y las consecuencias de sus leyes monetarias. Esto explica su influencia y enseña que los Gobiernos, aunque no pudiendo crear valores ni decretar que las relaciones de los valores variables entre ellas no cambiarán, llegan por el efecto de sus leyes monetarias a dar a la plata y al oro una mayor estabilidad en su valor y mantenerlos en una relación fija determinada de antemano.

Las leyes del valor sancionan esta sana teoría. Si el valor de las mercancías de producción ilimitada depende de la ecuación que determina la oferta y la demanda y que éstas influyen como una tendencia hacia un centro que se llama el costo de

producción de esta mercancía, el cual se obtiene en las condiciones más malas, es preciso convenir que si una demanda ilimitada en cantidad como aquella que establece la acuñación, aunque aumentando poderosamente la oferta, mantendrá un valor relativamente uniforme, independientemente del costo de producción, sea que éste baje, sea que éste suba, sea que la producción disminuya o aumente.

Si esto no es cierto y si tratándose de metales preciosos la acuñación no tuviera la influencia que se le atribuye, su valor variaría constantemente como el de las mercancías de todo género, y con tanta mayor razón cuanto que en términos generales la producción actual aumenta aquella obtenida hasta ahora, acrecentando indefinidamente la masa de los metales existentes. Si se comparan, sin embargo las variaciones del valor de unas con las otras, resultará que las de los metales preciosos han sido inapreciables o menos sensibles durante el curso de los siglos, de lo cual nos podemos dar cuenta adicionando la producción que ha sido obtenida.

Esta concepción del poder del Estado y esta influencia que no se puede desconocer, explica por qué el doble talón nunca será un talón alternativo si llega a ser adoptado por todas las potencias comerciales del mundo.

Las observaciones que se han hecho valer son y han sido siempre viciosas, así como las generalizaciones que se ha pretendido apoyar sobre ellas.

Se comprende que la Ley Monetaria Americana de 1834 haya dado lugar al talón alternativo, aunque los Estados Unidos hayan querido crear el doble talón sobre la base de la relación de 1 a 16 cuando en Francia existía ya el mismo sistema en la relación de 1 a 15½, porque era fácil y ventajoso comprar en el mercado americano 16 onzas de plata con una onza de oro para cambiarlos en el mercado francés, realizando un beneficio de una y media onzas de plata. Era pues, natural, en esta época, que en los Estados Unidos el oro rechazara la plata de la circulación.

Es muy comprensible que el talón alternativo funcionara también en Francia y no el doble talón, y que a causa de la legislación americana, la plata afluía en la circulación como había pasado con el oro en el momento en que las minas de California y

de Australia arrojaron gran cantidad sobre el mercado inglés. Inglaterra tenía como tiene ahora la legislación de 1816, el monometalismo oro, y la India era un país sometido al régimen monometálico plata. Era pues, natural, que este metal alcanzase una prima favorecida por las compras que se hacían en Inglaterra. Si en esta época la legislación hubiese sido uniforme, si la ley monetaria hubiera tenido por base entre todas estas naciones, los principios de la Ley Francesa de 1803, los metales preciosos serían distribuídos proporcionalmente a la masa de los cambios que habrían tenido lugar en cada país. En este caso ninguno de estos metales habría alcanzado una prima apreciable capaz de establecer una especulación seria y ventajosa.

Es por esto que la Gold and Silver Commission inglesa pudo llegar a la siguiente conclusión: "el primer paso que conduce a la resolución del problema que debe impedir los males expuestos, es determinar la posibilidad de crear y de mantener estable una tasa fija del valor relativo entre el oro y la plata." Creemos que la exposición que hemos hecho del pro y del contra, respecto a este punto, ha sido tan completa, que podemos emitir nuestras propias conclusiones a este respecto sin repetir el análisis de tales argumentos.

Creemos que respecto a la experiencia del pasado, se pueden predecir las condiciones económicas futuras y que se podría fijar y sostener una relación fija del valor entre las monedas de uno y de otro metal, si las naciones que formarían parte del acuerdo internacional aceptaran y adoptaran el sistema monetario bimetálico sobre la base de esta relación. Creemos también que si se establece en estos países la libre acuñación de los dos metales para que su moneda fuese cambiable contra mercancías a la tasa del valor relativo adoptado, el precio corriente de la plata se conformaría en el mercado a esta tasa y permanecería siempre estable con muy insignificantes cambios.

Por otra parte, para garantizar la estabilidad de los precios, los cuales se cree en peligro por la solución bimetálica, bastará garantizar la estabilidad de la relación que se fijaría entre los dos metales.

Cuando se haya demostrado que la relación establecida se mantendrá, el bimetalismo funcionará también como el monome-

PROOF

talismo. La unidad monetaria será siempre la que la ley determinará y los cambios quedarán garantizados por ella en el futuro. El doble talón dará además una mayor fijeza a los precios porque las bruscas diferencias que podrían tener lugar en la producción de los dos metales, se contrariarían mutuamente: que uno subiera cuando otro descendiera, y viceversa, y que no podrían llegar a ser sensibles, sino cuando la producción de los dos metales se modificara en el mismo sentido del alza y de la baja, lo que sucedería raramente cuando se tratara de dos metales; en tanto que lo contrario tendría lugar si uno de los dos metales fuera llamado a llenar la función de moneda.

Refutando todas estas objeciones, entre las cuales algunas minarán la base del sistema bimetálico, diremos que este último sistema presenta notorias ventajas: no restringe la circulación monetaria, no perturba tan fuertemente las relaciones comerciales porque remite las cosas al estado en que antes se encontraban; no sería perjudicial a los acreedores en la misma proporción que alcanza a los deudores, sería al adoptar el monometalismo y permitiría que la producción continuase a desarrollarse devolviendo a los países de moneda de oro, el acrecentamiento de su comercio que han perdido con los países de moneda de plata, los cuales no pueden satisfacer actualmente su potencia de consumo.

El doble talón no traerá consigo ciertamente, la pérdida de los capitales empleada en la expedición de las minas de plata y de la afinación de los minerales; no privaría al mundo del 40% de la suma de metales preciosos de los que se hace uso hoy para operaciones de cambio, la aumentaría al contrario, restableciendo la circulación en su antiguo estado, artificialmente modificado en la actualidad.

Es cierto que teniendo en cuenta la situación actual; se causaría un nuevo trastorno que sería el último y que repararía las injusticias cometidas descargando a los deudores del peso enorme que se ha querido arrojar sobre sus espaldas, y que elevando los precios no haría otra cosa que colocarlos al nivel que han perdido, al punto de partida desde el cual se les hizo bajar, sin que los productores hayan tenido la culpa, librándose a la especula-

ción desenfrenada y a los abusos que la naturaleza misma se encargue de castigar severamente cuando se producen.

Que no se venga a argüirnos el que los acreedores y los deudores tienen derecho a las mismas consideraciones y que en lugar de no gravar éstos se va a despojar a aquéllos, porque no es despojarlos impedirles al obtener un lucro que no han adquirido gracias a sus esfuerzos, sino al elemento aleatorio y desconocido que interviene en los contratos, falseando sus convenciones, ni que el perjuicio será tan grande como el que los deudores han sufrido y que resintieron sobre todo por la adopción del monometalismo oro.

La producción de la riqueza recuperaría el impulso perdido. Los precios elevados la estimularían patentemente y las ventajas de los productores determinarían el progreso del mundo en la actualidad obstaculizado; a medida que la abundancia de la moneda sea mayor, más grande serán las ventajas que resultarán, porque teniendo en cuenta este aumento de la producción, se aprovecharían las clases poco acomodadas de la sociedad, cuyo futuro debe preocupar en el más alto grado a los pensadores, los publicistas y a los economistas.

Este aumento del metal circulante a consecuencia del regreso de la plata a sus antiguas y augustas funciones, hará caer las barreras proteccionistas que se elevan hoy en América para detener las exportaciones de los países del oro y aquellas que las naciones de Europa oponen entre sí.

El gran estadista inglés M. Gladstone, ha podido solamente equivocarse a este respecto, juzgando el bimetalismo como el aliado del proteccionismo, cuando al contrario, es su verdadero enemigo y el único que en el estado actual de la protección de los bajos precios existentes y del malestar que existe en toda la Europa, puede llevar las relaciones comerciales hacia un medio purificado por la libertad de los cambios.

Esta cuestión resuelta, que era la cuestión previa en la discusión, nos queda solamente por estudiar la relación que se deberá adoptar para el perfecto funcionamiento del sistema.

Cuando se trata de mejorar la situación actual del mercado de la plata, se puede aceptar lo mismo el bimetalismo de 1 a 20 que propone M. Montagu, que el bimetalismo que ha tenido

por apóstol a M. Cernuschi, en Francia, y a M. Allard en Bélgica, o el que tiene por relación de 1 a 15½. Ambos pueden hacer cesar las fluctuaciones del cambio con su cohorte de males de toda especie, y elevar, aunque en proporciones distintas, los precios actuales de la plata y de todas las mercancías, pero si es preciso escoger entre los dos sistemas, será preferible adoptar aquel que tiene una relación de 1 a 15½.

En primer lugar, esta relación no impondría la refundición de todas las monedas de plata existentes, gasto digno de ser tomado en consideración, puesto que se trata de una suma de dos billones de pesos; en segundo lugar, no debilitaría la circulación de la plata en un 20% de su valor actual, dando una onza de oro e cambio de 20 onzas de plata, y no produciría, en fin, en su conjunto, los beneficios que se esperan de la adopción del sistema bimetálico.

M. Boissevain ha defendido mucho mejor que lo que yo podría hacerlo, la preferencia que debe acordarse a la relación de 1 a 15½ en su notable memoria: "El problema monetario y su solución," que obtuvo el premio en el concurso de Sir.. H. M. Meysey Thompson.

M. Boissevain decía:

Yo estoy absoluta y plenamente convencido que el acuerdo internacional no podrá tener lugar, sino sobre la base de la relación de 1 a 15½, la antigua relación legal de Francia y de la Unión Latina o aun de 1 a 16, la relación legal americana.

Entre estas dos relaciones no hay, en mi opinión, una distinción fundamental que señalar, pero en la práctica valdrá ciertamente mejor conformarse a la de 15½. Resultaría la necesidad de la refundición de la moneda de plata de los Estados Unidos, la cual no presentará sino pocas dificultades. Y en el caso contrario habría que hacer la refundición de la moneda de los países de la Unión Latina y de buen número de otros países, y esto sería una cosa mucho menos fácil. Por lo demás, sería también lógico volver al 15½, que detenerse en el 16.

Exigir, una vez el bimetalismo adoptado en principio, que Francia y otros países que están en la misma posición hagan el

sacrificio del 15½, sería imponerles una pérdida considerable. Puede admitirse que esto sería una piedra de toque para el acuerdo que debería concluirse y un obstáculo verdaderamente insuperable. Y esto tanto más que en ninguna parte y sobre todo en los Estados Unidos de América, en donde no se ha abandonado la esperanza de ver desaparecer por lo menos en una gran parte, la distancia entre la proporción actual del cambio de los dos metales y la antigua relación, aun sin convención bimetálica. Por lo demás, bastaría que los Estados Unidos se resolvieran a precipitar las cosas para que de un momento a otro el metal blanco sufriera una fuerte alza con relación al oro.

Sin embargo, deseo agregar respecto al sacrificio pecuniario, que si no se tratara sino de esto en la cuestión de la relación legal que debería adoptarse, sería ciertamente una obra de sana política para los Gobiernos en caso de no rehusarse absolutamente y tratar de conducir en su caso las negociaciones a una transacción.

Pero hay otros intereses en juego en este asunto. Así, por mi parte, estimo que el 15½ no es únicamente la relación sobre la cual, según todas las probabilidades, el acuerdo podría establecerse; sino que ante todo es la relación que debería ser adoptada. Las principales razones que militan en su favor, son de un orden especial y donde la cuestión de los sacrificios pecuniarios no tiene nada que ver.

Supongamos ahora que la relación legal bimetálica sea fijada de 1 a 20. La refundición reduciría entonces la cantidad de 71 millones de dólares, lo que quiere decir que se produciría un vacío de 368 millones de francos en la circulación monetaria de los Estados Unidos.

Nosotros no tenemos, por lo que respecta a Europa, datos tan precisos como para los Estados Unidos. Pero según los cálculos del Dr. M. Soetbeer y de M. Haupt, podemos admitir que debe haber actualmente en circulación una cantidad mínima de cinco millones de francos de metal plata en moneda fiduciaria, cantidad en circulación en este momento en su valor nominal, según la relación de 1 a 15½. Que la refundición se haga sobre la base de 1 a 20, el vacío sería de 1,125 millones de francos de un golpe en la circulación monetaria de Europa.

Las dos cifras reunidas hacen un total aproximado de un billón y medio.

Ahora, según las últimas valorizaciones del doctor Soetbeer, la circulación monetaria de Europa, de los Estados Unidos y de Australia, debe ascender actualmente a 17,400.000,000 francos de moneda de oro y 10,500.000,000 francos de moneda de plata. Total: 27,900.000,000 francos.

Resultaría, pues, de la mencionada refundición, una contracción de la circulación monetaria de los países citados de más del 50% y esto sin tener en cuenta para la refundición, sino a la moneda de plata propiamente dicha y no a la moneda de apoyo. Sin embargo, sería poco deseable que ésta no sufriera una refundición análoga. En este caso el vacío que se produciría en la circulación monetaria por la refundición, aumentaría a más de la mitad.

Tomemos aun otro punto de comparación:

La producción anual del oro es actualmente y de acuerdo con los datos estadísticos del Dr. M. Soetbeer, de Frs. 540.000,000, del cual debe deducirse para el empleo industrial, Frs..... 270.000,000. Diferencia: Frs. 270.000,000.

La producción de la plata es en su valor comercial actual, de Frs. 530.000,000.

A deducir por su empleo industrial, Frs. 70.000,000. Diferencia: Frs. 460.000,000.

Producción de oro y plata juntos, cantidad neta, 730.000,000.

Para llenar el citado vacío sería necesario el total de esta producción durante dos años y sin que durante este período, ni la circulación del mundo entero ni las tesaurizaciones aumentasen en un céntimo; y la producción de tres años, si la moneda de apoyo sufriese también la refundición.

Querer inaugurar de una manera semejante las medidas que deben tomarse para remediar la contracción monetaria de que el mundo comercial ha sufrido durante más de 15 años, sería verdaderamente el colmo del absurdo.

La pérdida pecunaria, es decir, la pérdida de capital que se impondría de esta manera a los países en causa, no sería, lo repito, sino el menor de los males que podría causar. Pero resultaría de nuevo una perturbación de precios, una baja general

que sobrepasaría, puede ser, aquella a la cual ya hemos asistido y que sería tanto más penosa de soportar cuanto que ella se produjera en un lapso de tiempo mucho más corto."

Nada puede ser agregado a lo que ha dicho M. Boissevain. El triunfo de sus ideas será el verdadero triunfo del bimetalismo; y otorgará a la producción del mundo el más grande de los beneficios.

FAPECFT

FAPECFT

MEXICO'S CONTRIBUTION TO THE STUDY OF THE TOPICS ON THE AGENDA OF THE 7TH PAN AMERICAN CONFERENCE.

DEALING WITH SECTION IV

TOPIC 9-b

COLD MONOMETALLISM, AND BIMETALLISM

(The Silver Question in Mexico)

By

J O A Q U I N D. C A S A S U S.

FAPECFT

The present essay, published thirty years ago by Licenciado Joaquin D. Casasus, one of the most prominent economists of his time, sets forth with great clearness the problem as it exists in Mexico, in characters which have not faded, but on the contrary now prove to be remarkably up to date; this feature is the reason why it has now been reprinted as a marginal contribution from Mexico to the study of the subject.

FAIRCFT

GOLD MONOMETALLISM

The theories on which both the monometallic and the bimetallic systems are based are so very well known, especially after the very remarkable work achieved during the last few years, that it is useless to repeat them here. Our purpose, therefore, is not that of setting forth those theories, but that of examining from a practical point of view the action of currency systems on the present state of circulation, and their greater or lesser efficiency, in order to bring the crisis now afflicting all the great commercial powers of the world to an end.

It is true that the monometallist system, that is the one using a single metal as a standard, is able to offer money having a comparatively fixed value, thus satisfying one monetary ideal, and which while it makes exchange easier and is of use in measuring the value of all kinds of commodities, at the same time allows, ipso facto, the value of transactions at maturity to be expressed, without debtors and creditors being exposed to suffer the effects of the serious perturbations which the currency of all countries are now undergoing. But in the present condition of human progress and taking into account the stocks of the precious metals, would the adoption of gold as the standard for monometallic currency be possible, and would the evils liable to result therefrom be greater or lesser than those it is attempted to avoid?

FAIR COPY

20

N. B. The Mexican Delegation to the 7th International American Conference at Montevideo does not necessarily share nor does it assume any responsibility for the whole of the ideas, opinions and specific formulae for solutions that may be contained in the present essay. Mexico's intention being fundamentally that of submitting its points of view, by way of consultation. To other Delegations, any contributions of opinions or work this publication may signify should only be looked upon as material towards finally forming the opinion of the Conference.

FAPECFT

This problem is the one that must be solved, as in our opinion adoption of gold monometallism is an impossibility, because the reduction that the monetary stock would have to suffer could not be offset by any increase of rapidity of circulation or turnover; falling prices would stifle agriculture and manufacturing production, and the very transition from present conditions to those that would be created by modification of currency laws, would involve an acute monetary and commercial crisis that would ruin debtors to the benefit of creditors.

If we take the approximate estimates of the monetary stock, either those mede by Mr. Stoetbeer, or those by the Master of the United States Mint, we may say, without fear of error, that sixty percent consists of gold and forty percent of silver money.

Would it be possible, therefore, to demonetize present stocks of silver and thus deprive exchanges of all the facilities now furnished by that large amount of money in circulation?

The first effect of such a measure would be a fresh fall of those prices least liable to fluctuation, we must admit, but a fall which would be more intense than that so far felt, because the present premium on gold, which is to a great extent due to absorption of this metal by the United States, Germany, Italy and certain South-american nations, would make its price go up considerably. All countries would be under the necessity of obtaining it at any price, and the falling production of gold would not be a remedy for the disturbances that would arise over a period of time equal to that

which would be needed in order to enable this metal to replace demonetized silver, above all taking into account the fact that the progress of industry day by day requires increasing amounts of currency, which is absorbed without giving rise to either to crises of disturbance.

The period of time over which such action would be spread, would be a long one. If the anual production of gold only amounts to 1½% on the total existing amount, and further if we suppose that industrial progress would not, due to stoppage or diminution caused by scarcity of curculating medium, absorb anything, a long period of years would assuredly be required for a return to the already low average of present prices.

It could, however, be said that we exaggerate the influence of currency on prices, inasmuch as the latter are less dependant on the amount in circulation than on the rapidity of its turnover.

But to advance an argument to the effect that a reduction of the monetary stock involved a diminution of the aforesaid coefficient of the rapidity of its turnover insofar as concerns the mass cut off from circulation, is to ignore the theory of that circulation. The monetary stock has no part in fixing the coefficient of turnover. This is what determines the amount of money needed by a country for purposes of home exchange. What happens is exactly the contrary, any artificial or natural reduction of metallic stocks tends to lessen

the normal coefficient of turnover, because the base relied on to make it rise, when reduced, engenders crises which are nothing other than the great disturbances provoked by the want of a proper ratio supervening between commodities ready to be exchanged for money and the amount of the latter in circulation which diminishes as a result of the violent fall suffered by the coefficient of turnover.

This truth has often been set aside by the adversaries of monometallism themselves; it does not, however, on that account cease to be highly important and to contribute powerfully to show that the adoption of monometallism would not only bring about destruction of the capital represented by the silver in circulation and that tied up in the operation of mines, but join to the fall in prices the rapid and frequent changes, of a spasmodic nature, to which a diminished circulation, the narrow basis of stability of the coefficient of turnover, would be exposed.

The observation, long ago made by Sterling, reappears in the field of dispassionate argument, and it is said that in the last resort if a general fall in prices should take place, such a fall would not affect production, because a less amount of money will be given in exchange for a larger amount of commodities, without modifying the ratio of exchange of commodities as regards one another, as the conditions under which they were produced would not vary.

The above observation is rather specious than true. As we have already pointed out, any modifications undergone by prices do not take place as if by magic, nor with the precision of the results of a sum in algebra, but are in the case of a fall caused slowly and progressively, and during such a period,

FAPESP

certain classes of society are benefited to the detriment of others, the unfortunate thing being that the majority who suffer are those that were unable to assure for themselves enjoyment of the large amounts of capital existing in the form of coin.

Formerly productive enterprises all of them decline, the creation of wealth is suspended because present costs will not be able to be offset by prices later to be realized, and all conditions governing exchanges have to undergo important modifications.

We have not attempted to draw any distinction between the fundamental differences existing in the case of a fall in prices brought about by lessened cost of production, and a fall in prices originated by increased purchasing power of money, one being a natural and the other an artificial result; the former producing increased welfare for the community, a rise in salaries, lower interest on capital and stimulating development; while the latter involves losses to the producer, lower salaries for workers, an increase in the discount rate, restriction of consumption and retardation of social progress.

To point out such differences prevents those not worried by a fall in prices from falling into lamentable confusion.

But the evil effect of gold monometallism stand out all the more strongly when we examine those caused by it in the relations existing between creditors and debtors.

The value of all debts grows pari passu with the rise in value of the metal with which they are to be paid, and debtors find themselves compelled, in order to return the principal of their indebtedness, to give a larger amount of the fruits of their labor, without any hope of compensation, than those debts represented when they were contracted. It is just as true that when, per contra, currency is depreciated, it is the creditors who are in turn injured thereby but from the point of view of progress it is better that the latter be the ones to suffer any loss.

M. Mallet, a member of the Gold and Silver Commission stated in his report "The movement of progressive appreciation of metallic currency produces an entirely opposite effect because under its influence those who are in possession of acquired wealth benefit at the expense of those who struggle to acquire it, to the detriment of the working and producing clases of society. Aside from this, if this movement is to come about due to adulteration of the value of the monetary standard, any perturbation of the relations between debtors and creditors redounds more to the commercial interests of the country, inasmuch as it is more favorable to the debtor than to the creditor classes."

M. Levasseur, at the Paris Monetary Congress of 1889, answered the above remarks by stating that it was better not to injure the interests of either creditors or debtors for which purpose the monetary unit shoud be made firmer, something which could only be effected by Gold Monometallism.

FAIR COPY

He stated the following as the grounds for his opinion:

> " "Contracts, stipulated payable in legal tender money undergo the same fate as the single metal recognised as the standard; they no longer suffer the fluctuations caused by the predominance of either one or the other and are not subject to an alternative that always makes the depreciated metal flow into the hands of creditors. Such a condition brings us, then, and for a longer time, to stability, and seems to us furthermore more equitable."

This is the reason why: with the double standard, the debtor selects, and it is the will of a man which by his selection, determines the value of the money. With the single standard this value is inherent in a thing -- let it be clearly understood, a thing -- and not in human will; and I would add in a single thing, which may also be worth more -- which would benefit the debtor -- rather than less, which would benefit the creditor.

Mr. Levasseur¦s mistake, when he defends the effects of bimetallism, is the same error that all its upholders fall into. They advocate a monetary ideal which they deem more easily attainable by means of the single than the double standard, or perhaps I should rather say, solely, attainable by the single standard.

They do not take into account the effects that would be produced by the change, when the new system was substituted for the present system, that is the transition, which is liable to involve the serious drawbacks which we here point out.

FAPECT

When they assail the double standard, they concentrate on the effects that would accompany its establishment, without endeavoring to know whether they would be more serious, or less so, than those that would follow in the train of monometallism.

Beyond all doubt, if the monometallic system were established with a gold stock equal to the total metallic stock in the world it would be much better than the present regime which is distinguished by the most complete ignorance of what constitutes a sound notion of the nature of money; but this would not be the case if monometallism were adopted with gold as the sole standard, because when it was applied the drawbacks which we point out would arise in view of the restricted amount of this metal available.

In order to emerge from our present situation, we must go through crises,it is true, and whatever decision be taken, but preference should be given to that decision involving a minimum of inconvenience, and this would certainly not be attained by the adoption of monometallism.

These drawbacks are not the only ones that will be reduced by monometallism. Other and more serious objections are readily observable.

Poor countries, with a restricted volume of trade, whose imports exceed their exports, would meet with enormous difficulties in obtaining gold and even more so in keeping it in circulation. Powerful nations in which it circulates at present or that could draw it to themselves by means of successive transactions of all kinds, would be able to keep

it in proportion to their commercial importance, but it would flee for all time from second rate markets.

The laws governing the distribution of the precious metals discharging functions as money, are well known. Where the value of commodities, as compared with that of money is lower than that prevailing in other countries, is whither the precious metals flow in search of favorable exchange. These other countries are just the ones that are poorer where values are higher and which must, to keep a proper proportion, have a larger quantity of actual currency in order to satisfy the requirements of their home or foreign trade. The result would therefore be that those countries most in need of the precious metals would be the ones least able to draw them to themselves.

When, in view of the enormous volume of exchange transacted in all countries, a commodity existing in only limited quantities or which cannot be kept to a proper ratio to the services it is to perform, is selected to discharge the functions of money, this must necessarily involve drawbacks like we have just pointed out.

The gold monometallic system would, then, be the cause of more serious evils than those which it is at present desired to avoid. The reduction of existing stocks of metals would prevent it from operating in accordance with the theory which sustains it, and would render extremely onerous and difficult the distribution of the gold in circulation among all the nations. It would confer greater stability on currency, but only after producing perturbations more serious than any hitherto known, and while it is true that it would at the same time make exchanges more equitable, it would only be after

FACSIMILE

ruining, during the period of confusion, a majority of the producers.

In order to state our opinion in full, we shall repeat the words used by the Gold and Silver Commission of the United States, created in 1876, in its report to the American Senate:

> "The philosophy of the double standard consists in that an increase in the value of money and a general fall of all prices are the greatest evils that can supervene, while it is useless to take any precautions whatsoever against a fall in the value of money, in view of the fact that it is not possible, over the whole history of the human race, to mention a single moment when a fall in the value of either of the two metals did not bring with it some benefit to humanity.
>
> "On the other hand, during every period in which a rise in the value of money has taken place, it has always been accompanied by financial, industrial and social disaster. A rise in the value of money and a fall in prices are more damaging and are the cause of greater misery than war, famine and plagues, and give rise to more injustice than all the bad laws promulgated down to this day.

FAPESP

BIMETALLISM

The only efficacious solution of the monetary problem, then, lies in bimetallism.

In fact, while this monetary system is able to offer currency of stable value, thereby putting an end to the unceasing fluctuations now suffered by it, it is at the same time the only one that would produce perturbations of a less serious nature, when modifying the present situation of the money markets.

And yet no system has been more rudely assailed than the bimetallic system, either by the accusation that it is uncientific because it openly violates natural laws, or by the assertion that it could more aptly be called the system of the alternative standard, because the metal that depreciated would be the only one of the two to remain in circulation in accordance with the principles underlying Greshams' law, in virtue of which bimetallism would be a legal fiction rather than a reality.

The attempt has likewise been made to show that it would never succeed in producing atability in the prices of commodities, which would prevent the making of long-term contracts and which would hamper the development of credit, thus arresting the progress of humanity.

We have here expressed our desire of dealing as little as possible with theoretical discussions, but we find it hard to refrain from fefuting beforehand judgments so erroneous, which would, if true render all discussion useless, because no one

FAPECFT

would be able to uphold bimetallism if this system could not be placed under the protecting mantle of Science.

It was M. F. Passy who stated at the Paris Monetary Congress that, "We assert that no government has not only not the right, but not even the power, to maintain a fixed and unvarying ratio between two values, between two fluctuating commodities, which do so sometimes in one sense, sometimes in the other, in proportions which make it impossible to assign a fixed and unvarying ratio. It is just this inevitable tendency to vary of gold, the commodity, and silver, as the commodity, which renders it impossible to determine once for all their respective values. It is not, in spite of all that is said, the act of coining them that gives gold and silver their value, it is the actual value of gold and silver that confers upon these metals their monetary functions.

M. Passy thus formulates with great clearness the old argument advanced by Newton and Locke, and by M. Chevalier, that great economist whom we never ceased to regret, but he forgot, as everyone has always done, that though it be true that money must be made out of a commodity, that is to say, of an article having a value of its own, not all commodities can be made into money, and that in order to fix the value of money it must be borne in mind that it has to have a quality not possessed by other commodities.

It is not, as a matter of fact, the State that creates the value, as it cannot confer value upon a piece of rag; but as it must, through the agency of its laws, establish the currency, and the latter being the instrument necessary for all exchanges, the State when it selects the commodity or commodi-

ties that are to be accepted, confers upon them, when it declares them money, a quality therefore lacking by them, and creates an intense demand, whose influence may only be measured by calculating the amount of the enormous mass of exchanges in which such money must necessarily intervene.

If you prevent silver from continuing to discharge its functions as money, you will put it in the same class as any other commodity, no matter which, in which case, the laws fixing its price will be different. If it be again raised to the enjoyment of its old functions, its value will again become comparatively stable. Demonetize gold, as M. Levasseur and M. Chevalier advocated over thirty years ago, and gold the commodity would find itself in exactly the same situation as silver now is.

Widen its monetary functions and leave it in circulation by itself, and rise in its value will supervene. This instability, and its present fluctuations, are the work of the State and a consequence of the latter's currency laws, This explains the influence of the latter and shows us that governments, although they cannot create values nor by decree prevent ratios between values liable to vary as between themselves, from changing yet manage as a result of their currency laws to make silver and gold more stable in value, and to keep them in a fixed relation determined beforehand.

The laws governing values sanction this sound theory. If the value of commodities produced in unlimited quantities is dependent upon an equation which is determined by supply and demand, and the latter influence them as a tendency towards a center

called the cost of production of that commodity, which is obtained under the most unfavorable conditions, we cannot but agree that if a demand unlimited as to amount like that established by coining a metal, though it will greatly increase the supply, will yet maintain a comparatively uniform level of value independently of the cost of production, and this whether the latter fall or whether it rise, and whether production diminish or increase.

If this were not so, and if in the case of the precious metals, coinage of the same did not have the influence ascribed to it, their value would fluctuate unceasingly like that of other commodities of all kinds, and this all the more in that present production increases that hitherto obtained, thus indefinitely swelling the mass of the precious metals now existing. And yet if we compare the fluctuations in the value of one class of commodity with the fluctuations in the value of the others, we will find that the ups and downs in the value of the precious metals have been inperceptible or much less noticeable during the course of the centuries, a fact which we can verify by adding up the production obtaindd.

The above conception of the power of the State and that influence which cannot be ignored, explains the reason why the double standard will never be an alternative standard, should it ever be adopted by all the great commercial powers of the earth.

Criticisms brought forward are and always have been vicious, as also all the generalizations which have been attempted to be founded upon them.

35

It may easily be understood that the American Currency Law, 1834, gave rise to the alternative standard, although the United States desired to create the double standard on the basis of a ratio of 16 to 1, when the same system already existed in France at the ratio of 15 1/2 to 1, because it was both easy and profitable to buy sixteen ounces of silver in the American market by paying one ounce of gold for them, so as to exchange them on the French market and thus make a profit of half an ounce of silver. It was therefore only natural that at that time gold should in the United States drive silver out of circulation.

It may likewise be easily understood how the alternative standard also operated in France instead of the double standard, and that due to American legislation silver flowed into circulation, just as happened in the case of gold at the time when the mines of California and Australia flooded the English market with the yellow metal, England was then, as she is now, under the legislation of 1816, that is, under gold monometallism, and India was a country under a monometallic silver regime. It was only natural, then, that this latter metal should command a premium, helped by the purchases made in England. If legislation had at that time been uniform, if the currency laws had, as between all these nations, been based on the principles of the French law of 1803, the precious metals would have been distributed proportionally to the volume of exchange taking place in each country. In that case neither of these two metals would have commanded a perceptible premium, able to establish anything like serious and profitable especulation.

This is why the English Gold and Silver Commission found itself able toarrive at the following conclusion:- - "The first step leading to a solution of the problem, the solution that must prevent the evils stated, is the determination of the possibility of creating and of keeping stable a fixed rate for the relative value of gold and silver". We believe that our presentation of the arguments for and against, in regard to this point, is so complete, as to entitle us to express our own conclusions in the premises without any repetition of the analysis of those arguments.

We think that we may, as regards exprience acquired in the past, predict future economic conditions, and that it would be possible to fix and maintain a fixed ratio of value between money coined in one metal and in the other, if the nations subscribing to the international agreement accept and adopt a bimetallic currency system based on the said ratio. We further believe that if in those countries free coinage of both metals were established, so that money made of either would be exchangable for commodities at the rate of the relative ratio adopted, the current price of silver would on the market conform to that ratio and continue atable at all times, with only very insignificant changes.

Aside from this, in order to secure stability of prices, which it is believed must necessarily be endangered by the bimetallic solution of the problem, it would be sufficient to guarantee stability of the ratio to be fixed between the two metals.

Once it shall have been shown that the ratio fixed will be preserved, bimetallism will function just as efficiently as monometallism. The monetary unit will always be that provided by the law and exchanges will in future be guaranteed by said law. The double standard would further make prices more stable because any considerable differences that might take place in the production of either of both metals, would offset one another; as one would rise when the other fell, and vice versa, and such differences would only become perceptible when production of both metals underwent a modification in the same sense of both of them either rising or falling, something which would very seldom occur where two metals are involved; whereas the contrary is what will happen if either of the two metals be called upon to discharge monetary functions by itself.

We shall, on refuting all these objections, some of which have undermined the foundations of the bimetallic system, say that this system offers very obvious advantages; it does not restrict monetary circulation, nor does it disturb commercial relations so strongly, because it puts things back in the same situation as before; it would not hurt creditors as severely as debtors would be injured by the adoption of monometallism, and would permit production to continue its development and restore to the countries on the gold standard that growth of their trade with silver standard countries, lost by them and whose consuming power they are at present unable to satisfy.

FAPECFT

The double standard would not certainly involve any loss of capital invested in operation of silver mines and refining of ores; it would not deprive the world of that forty percent of the sum of its precious metals now made use of in exchange transactions; it would on the contrary, increase it by restoring circulation to its old condition, at present artificially modified.

It is true that in view of the present situation, a new disturbance would be caused, but this would be the very last and would repair the unjustices committed in the case of debtors, by relieving them of the enormous weight it has been attempted to throw upon their backs, and that it would, by raising prices, do nothing more than bring them back to the level from which they have dropped, to the starting point from which they were depressed, through no fault of the producers, but due to unrestrained especulation and to those abuses which nature herself undertakes to punish severely when they arise.

Nor let it be argued that creditors and debtors are entitled to equal consideration, and that instead of burdening the latter, the former are going to be despoiled, because it is not despoliation to prevent them from obtaining a profit which they have not earned through their own efforts, but one proceeding from the speculative and unknown quantity element inherent in contracts, and which distorts their stipulations, nor would such damage be as great as that already suffered by debtors and which they would sustain above all by the adoption of gold monometallism.

FAPECFT

The production of wealth would recover the impetus lost by it. High prices would greatly stimulate it and the benefits attained by producers would promote the progress of the world, now impeded; for as money became more abundant the resulting advantages would become greater, because the poorer members of society, whose future should in the highest degree interest thinkers, publicists and economists, would have everything to gain from such an increase in production,

This increase of the circulating metal as a result of the reinstatement of silver in its ancient and august functions, would overthrow the protectionist barriers now raised in the Americas to keep exports out from gold standard countries, and also those barriers which the nations of Europe have raised against one another.

That great English statesman, Mr. Gladstone, cannot but have been mistaken in that regard when he described bimetallism as the ally of protectionism, when it is on the contrary the deadly enemy of the latter and the only thing that can in the present state of production, existing low prices, and hard times prevailing over the whole of Europe, lead commercial relations back to a medium purified by freedom of interchange.

This question once decided, it being the question preliminary to the discussion, all that we have to do is to study the ratio that should be adopted for perfect working of the system.

FAPECFT

When it is a case of improving the present situation of the silver market, we may just as easily accept bimetallism at 20 to 1 as proposed by M. Montagu, as that bimetallism of which M. Cernuschi, in France and M. Allard in Belgium are the advocates, that is bimetallism at the ratio of 15½ to 1. Either of these ratios could put a stop to fluctuations of exchange and their attendant train of evils of all kinds, and raise, although in somewhat different proportions, the present prices of silver and all commodities; but if we have to chose between the two systems, it would be better to adopt that based on the ratio of 15½ to 1.

In the first place said ratio would not require the recoinage of all existing silver coins, an expense worthy of being taken into consideration, inasmuch as a matter of two thousand million pesos is involved; in the second case it would not weaken circulation of silver by 20% of its present value, by giving one ounce of gold in exchange for twenty ounces of silver, and it would not (sic) lastly, and in the aggregate, yield the benefits expected from the adoption of the bimetallic system.

M. Boissevain has defended much better than I ever could the reasons for prefering the ratio of 15½ to 1, in his remarkable essay: "The Monetary Problem and Its Solution" which won a prize in the competition of Sir H. M. Meysey Thompson.

Mr. Boissevain said:

"I am, specially, fully convinced that no international

agreement can be concluded except on the basis of a ratio of 15½ to 1, the old legal ratio of France and the Latin Union, or even a ratio of 16 to 1, the American legal ratio.

"In my opinion there is no fundamental difference that can be pointed out between these two ratios, but it would in practice certainly be better to adhere to the ratio of 15½ to 1. It would involve the necessity of recoining the silver money of the United States, something which would be attended by only few difficulties . For otherwise, the money of the countries of the Latin Union and of other countries would have to be melted down and recoined, something which would be much less easy to do. Aside from this, it would be more logical to return to 15½ to 1, rather than stop at 16.

"Bimetallism once adopted in principle, to call upon France and other countries in a similar position to sacrifice their ratio of 15½ to 1 would be to make them sustain a very considerable loss. It may be feared that this would be a stumbling-block in the way of the agreement to be concluded and a truly unsurmountable obstacle. And this the more as in no country, the United States of America, least of all, they have not given up the hope of seeing the difference between the present ratio of exchange of the two metals and the former ratio, disappear, at least to a great extent, even without a bimetallic convention. Aside from this it would be suffcient for the United States to decide to rush matters to make the white metal suffer a strong rise in regard to gold.

"However, I wish to add in regard to the pecuniary sacrifice, that if this were the only matter to be dealt with in the question of the legal ratio to be adopted, it would

certainly be an act of sound policy for governments interested not to refuse absolutely to entertain the question, and to endeavor, on occasion, to conduct negotiations to a compromise.

"There are, however, quite different interests involved in this matter. Thus I, for my part, consider that 15½ to 1 is not the only ratio on which an agreement could, in all probability, be established; but that it is above all the ratio that should be adopted. The main reasons in its favor are of quite a special character and with them questions of pecuniary sacrifice have nothing to do.

"Let us now suppose that the bimetallic legal ratio be fixed at 20 to 1. Recoinage would then reduce that amount of 71 million dollars, that is to say it would create a void of 368 million francs in the monetary circulation of the United States.

"We have not in our possession, so far as Europe is concerned, data as precise as those for the United States, but according to the calculations of Dr. M. Soetbeer and M. Haupt, we may admit that there must at the present time be in circulation a minimum amount of five thousand million francs of silver metal in fiduciary currency, this amount still circulating at its nominal value, at the ratio of 15½ to 1. If melting down and recoining be carried out on the basis of 20 to 1, the void thus created would be 1,125 million francs at one blow, in the monetary circulation of Europe.

"The two sums added together come to a total of about one thousand five hundred millions.

FAPECFT

"Now, according to the latest estimates of Dr. Soetbeer, the monetary circulation of Europe, the United States and Australia must at present amount to 17,400.000.000 francs in gold money and 10.500.000.000 francs in silver money. Total: 27,900.000.00 francs.

"From recoinage as above, a contraction of the monetary circulation of the countries mentioned exceeding 5%, would result, and moreover, I have only taken into account as regards recoinage, silver coin properly so-called and not fractional currency. However, it would be desirable that the latter should undergo similar melting down and recoining. In that case, the void produced in monetary circulation by such recoinage would be increased by more than a half.

"Let us take yet another item of comparison:

"Annual productionof gold is at present, according to the statistical data of Dr. M. Soetbeer, 540.000.000 francs, from which 270.000.000 francs must be deducted because used for industrial purposes. Difference: 270.000.000 francs

"Production of silver at its present commercial value, amounts to 530,000.000 francs. From this amount 70.000.000 francs must be deducted because used for industrial purposes; differance: 460.000.000 francs.

" Production of gold and silver together, net amount, 730.000.000

"In order to fill the said void the total amount of such production for two years would be required, and this without either circulation throughout the whole world or hoarding

increasing by a single cent during this period: while the production of three years would be required, should fractional currency undergo recoining likewise.

"To attempt to inaugurate in such a manner the measures to be taken for remedying the monetary contraction from which the commercial world has suffered for over fifteen years, would truly be the height of absurdity.

"The pecuniary loss, that is to say the loss of capital that would thus be exacted from the countries in question, would only, I say it again, be the least of the evils that would follow. But the result would be a fresh distrubance of prices, a general fall, which might possibly exceed that which we have already witnessed, and which would be the harder to support in that it would take place over a much shorter period of time."

Nothing can be added to M. Boissevain's words. The triumph of his ideas would be the real triumph of bimetallism, and would bestow upon production throughout the world the greatest of benefits.

FAPECFT

FAPESP

46

CONTRIBUCION DE MEXICO AL ESTUDIO DE TEMAS DE LA AGENDA DE LA 7ª CONFERENCIA PANAMERICANA

CAPITULO IV
TEMA 10-a)

Programa para el Establecimiento del Sistema Monetario Bimetalista Panamericano

POR

JOSE LUIS REQUENA, L. D.

MEXICO
IMPRENTA DE LA SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES
1933

FAPECFT

Nota: La Delegación de México a la 7ª Conferencia de Montevideo no es, necesariamente, solidaria de todas las ideas, expresiones y fórmulas concretas de solución que pueda contener este estudio. Siendo como es, fundamentalmente, el propósito de México presentar sus puntos de vista *en vía de consulta* ante las demás Delegaciones, la aportación de opinión o de trabajo que esta publicación significa, debe considerarse sólo como material para la formación definitiva del criterio de la Conferencia.

FAPECFT

48

PROGRAMA PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL SISTEMA MONETARIO BIMETALISTA PANAMERICANO

FAPECFT

49

Se propondrá una Convención Internacional Pan-Americana, para establecer un sistema monetario bimetalista, común a todas las naciones de este Continente, sobre bases estables y de mutuo provecho.

Serán objeto de dicha Convención:

I

REHABILITACIÓN DE LA PLATA

Para lograr este paso primordial, en las transacciones de los Estados Signatarios del Pacto y dentro del territorio de cada uno, se considerará la plata con un valor de relación con respecto al oro, no mayor de *uno a veinte.*

Medidas convenientes para el propósito enunciado

A.—Deberá reglamentarse la extracción de plata de los países productores, estableciendo un límite amplio, pero fijo y predeterminado.

B.—Se decretará un consumo para los efectos de amonedación y garantía de valores fiduciarios o bancarios, artes suntuarias o industriales de cada país, en proporción a sus necesidades y a las obligaciones creadas por el acta de asociación.

C.—Quedará prohibida la importación del metal blanco proveniente de países extraños al Pacto. Los Gobiernos confederados, sólo podrán importarlo de esos países, cuando los productores

FAPECFT

co-asociados no puedan abastecer sus demandas, conforme al inciso que precede. En ese caso, la importación se hará en proporción al monto de productos de cada país extractor.

II

MONEDA BIMETALISTA

A.—Adopción de un sistema monetario bimetalista a base de oro y plata, en la proporción que se recomienda en el punto I. La unidad monetaria que se convenga, no será menor del valor que se haya fijado al dólar y, deberá acuñarse sólo en plata, porque en oro sería demasiado pequeña y no serviría para las diarias transacciones. Contendrá un equivalente en plata al número de centigramos de oro, que se fija en la relación preinserta. Esta moneda tendrá un poder liberatorio ilimitado a la par que la de oro, y se admitirá por igual en todas las operaciones mercantiles o gubernativas dentro del territorio cubierto por cada Entidad signataria.

B.—Aceptación de un tipo único: la unidad de moneda panamericana o si se prefiriese, una moneda individual para cada país, aceptada por todas las naciones signatarias de las monedas de los otros países asociados, siempre que la unidad o tipo, llene los requisitos establecidos de contenido, aleación y forma, a la par y sin más diferencia que la que se derive del cambio-situación, o sea de los gastos de transferencia de la moneda.

C.—Prohibición a todos los Bancos Nacionales o de Estado, de emitir billetes de menor denominación que la equivalente a cinco unidades de la moneda tipo.

D.—No autorizar emisiones de billetes, de menor garantía de un cincuenta por ciento de su valor representativo, en metálico, sean monedas o barras selladas de oro o de plata en igual proporción.

E.—Todo billete será representativo de las unidades que se designen y será redimible a su presentación en monedas de plata u oro, a voluntad del Banco emisor, previo acuerdo de la Comisión Reguladora que cada país nombre, a fin de concordar la extracción de uno u otro metal a la proporcionalidad de las existencias de cada uno de ellos.

F.—Convenir en que cada país puede acuñar libremente el número de unidades de moneda, necesario para su circulación interior.

G.—Estipular que toda la moneda fraccionaria o de vellón, de diez centavos hasta la unidad, será acuñada precisamente en plata, quedando exceptuadas únicamente las de menores denominaciones, que pueden ser emitidas en otro metal.

H.—Prohibir la acuñación de monedas de oro de un valor representativo de menos de cinco unidades.

III

Admitir en el Pacto Monetario a cualquiera de las demás naciones no signatarias, que lo deseen, siempre que acepten expresamente las reglas que se contengan en dicho Convenio.

IV

Reservarse la facultad de cancelar el contrato con aquella nación que procure por cualquier medio desvirtuar el éxito del plan adoptado, ya sea dictando medidas contrarias a su objeto, o que ejecute actos o prácticas que tiendan al desequilibrio del sistema monetario, base del Contrato Colectivo.

V

Fijar un número de años forzosos de plazo para la vigencia del Convenio, el cual se deberá considerar un pacto de honor.

FAPECFT

VI

INDICACIÓN DE ALGUNAS DISPOSICIONES REGLAMENTARIAS.

A.—Cada país asociado, suspenderá desde luego la acuñación de especies monetarias distintas de las convenidas, y procederá a la mayor brevedad posible, a desmonetizar las circulantes, recogerlas y canjearlas por las nuevas, y retirará la autorización a los Bancos para emitir billetes inferiores a las denominaciones acordadas, imponiéndoles la obligación de amortizar o canjear los que se les presenten. Otro tanto harán los Gobiernos, en sus operaciones de ingresos y egresos.

B.—Se recomienda la creación por cada Entidad, dentro de su territorio y en ejercicio de su soberanía, de una Comisión Reguladora del funcionamiento del sistema monetario pactado, y de la estricta aplicación bona-fide de las disposiciones del compromiso. Esa Comisión, además de los deberes que se le impongan por su Gobierno, preparará para el mismo las informaciones y datos estadísticos que deberán enviarse al Congreso anual de Representantes.

C.—Como complemento indispensable, se convendrá en la reunión de los representantes de los asociados, en un Congreso Internacional de los países Signatarios, en el que se tratarán las cuestiones relativas a la mejor ejecución del Pacto, y todas las demás pertinentes a las relaciones mutuas monetarias de los países co-asociados. Ese Congreso se reunirá cada año en la fecha y lugar que se designe para la reunión, por la primera vez en el Pacto Monetario. El primer Congreso, determiñará para el año sucesivo, la ciudad y fecha de celebración del siguiente período anual de sesiones. El Congreso sólo tendrá carácter científico, de estudio y consultivo, y sus decisiones serán únicamente recomendatorias. Al efecto, se le comunicarán los datos estadísticos e informes del funcionamiento en cada Entidad del sistema, se le presentarán las observaciones o consultas respecto a las

cuestiones conexas que se susciten y se votarán las medidas que deban aconsejarse para el bien pro-comunal.

El procedimiento, formalidades y reglamentación, se decidirá por los co-asociados y en su defecto por las reglas usuales en los Congresos Internacionales de su índole.

FUNDAMENTOS

Se propondrá una Convención Internacional Pan-Americana, para establecer un sistema monetario bimetalista, común a todas las naciones de este Continente, sobre bases estables y de mútuo provecho.

No tratamos de discutir la conveniencia del bimetalismo, que ya hemos demostrado in extenso en otra ocasión. (*) La plata vuelve. El bimetalismo se impone, porque no hay oro bastante para sostener el talón exclusivo de oro y porque las transacciones mundiales, especialmente en el intercambio de materias primas y de manufacturas, ha bajado hasta cifras de hambre, por falta de medios de cambio en las naciones importadoras y exportadoras. Basta considerar que el comercio del mundo entero ha pasado de treinta y dos mil ciento cuarenta y nueve millones de dólares en 1929, a veintidós mil cuatrocientos quince millones en 1931, y que como lo predecía el ilustre Francisco Nitti, continúa bajando, al grado de que, según las últimas estadísticas, en la actualidad fluctúa entre doce y quince mil millones. ¿Qué nación puede contradecir ese resultado? Bastaría con que comparase sus presupuestos y los productos de la tributación, cinco años anteriores a 1929, en que aun imperaba la inflación colosal de post-guerra y por consiguiente, abundaban hasta el exceso, los medios de cambio y valores bursátiles, que ficticios o hinchados hasta el coeficiente de ruptura, llenaban no obstante, por la confianza ciega de los pueblos, el papel de elementos fundamentales para la circulación de la riqueza.

(*) Obra *La Crisis del Talón de Oro*. Caps. XXVIII y XXIX. Págs. 268 y 276.

PROOF

El Primer Ministro de Inglaterra, Ramsay Mac Donald, dijo en el discurso de inauguración de la Conferencia de Londres, 12 de junio del presente año, las siguientes memorables palabras:

> "Desde 1929, los precios han bajado y han permanecido muy por debajo de los niveles en que la producción pudiera ser remuneradora. Además, esta baja ha sido irregular y ha falseado las relaciones normales que son los pivotes de la actividad económica. La caída de los precios ha agravado pesadamente el adeudo del mundo. En 1932 por relación a 1929, la producción de las materias primas, ha disminuído en treinta por ciento y los cambios entre las ciudades y el campo, han sufrido esa trágica reducción. La renta oficial ha disminuído seriamente en todos los países y en algunos, esta disminución alcanza hasta un 40 ó 50%. Hecha más aguda por las restricciones, las tarifas, los contingentes, el control de las divisas, la crisis general, ha reducido de 1929 a 1932 a menos de tres cuartas partes de su volumen y a la mitad aproximada de sus precios. El talón de oro ha debido ser abandonado de una manera más general que jamás lo había sido en tiempo de paz, desde que fué escogido como medida internacional de los cambios. Además, cualesquiera que fuesen las políticas fiscales seguidas y las formas de Gobierno, la cesantía ha aumentado fatalmente, hasta alcanzar la cifra mundial de treinta millones, que ha publicado la Oficina Internacional de Trabajo. Esto no puede durar. El mundo está arrastrado hacia un estado de cosas, que podía hacerle revivir las horas en que la vida se rebela contra la miseria y en donde los progresos anteriores son *barridos* por las fuerzas de la desesperación."

Por fortuna, ya las grandes naciones se están convenciendo de que las leyes económicas no se violan impunemente. A mayor escasez de oro, mayor valor del metal; y, siendo éste único, en el talón monetario de oro, también mayor valor de la moneda. Como la insuficiencia de oro es indudable, porque con las acumulaciones americanas y francesas de ese metal, ha sobrevenido la penuria de las demás potencias y con ella el abandono *nominal* de patrón de oro, la demanda de esta materia crece en proporción. Ultimamente, (18 de septiembre de 1933), se ha fijado en Estados Unidos para el oro metálico, el precio inusitado de 31.45 dólares la onza en moneda, es decir, más de un cincuenta por ciento en exceso de su valor normal y, pagadero en papel, 65.72 o sea tres veces más que el valor representativo del billete. Consecuencia ineludible: la moneda que lo contiene, sube en la misma relación. Así vemos, que en los países de moneda argentífera (los más numerosos y poblados del mundo), la cotización de su moneda ha bajado enormemente y, en cambio, ha subido la de los países a base de oro. Tomando como ejemplo la moneda francesa, encontramos que los francos se cotizaban en 1930 a 0.391 7/8, hoy valen 0.600, es decir, aproximadamente, dos veces más.

Peor situación se registra en la pléyade de naciones-plata, eternas tributarias de la inicua especulación de las naciones-oro. El resultado económico no deja tiempo a discutirlo. Está a la vista. Las naciones-oro tienen que guardar su riqueza exportable, sea en materias primas o en manufacturas, en el seno de sus bodegas y restringir su producción, o colocarse en el extremo, de tener que bajar los precios hasta compensar la diferencia del valor de su moneda, lo que sería ruinoso para sus productores y comerciantes. La riqueza de esos países baja, su tributación disminuye, sus medios de vida se reducen. Ni más ni menos que un comerciante que subiese el precio de sus efectos de la noche a la mañana al doble, al triple y aun al cuádruplo de su valor habitual.

Esta barrera al intercambio, es inmensamente mayor obstáculo, que los valladares aduanales. Poco vale la cotización de la

FAPECFT

tarifa, ante ese foso impasable del castillo señorial del oro. Entonces, los pueblos importadores, empobrecidos por la crisis depresiva actual, es decir, con menos recursos, ven subir las mercancías extranjeras a precios inasequibles, y se quedan inertes sin atreverse a abordarlas, como cuando desde el fondo de una barranca, se ve la imponente masa de la montaña que hay que ascender. El fin se ha alcanzado: *Su moneda vale mucho, pero nadie compra.* He aquí por qué la nación estadounidense comprendió que su comercio internacional con moneda cara, vendría cada día a menos y la alta lucidez de su Presidente, le mostró el camino de absorber el tráfico mundial: bajar el dólar a la mitad. He aquí por qué, también Francia, viendo con celo esa posible absorción, amenazó con subir a la nación norteamericana, los derechos aduanales en un 16%, si llevaba a efecto esa medida, como si tratase de paralizar, con esa amenaza, el ímpetu arrollador de la revolución monetaria.

Apenas pudimos comprender esa noticia. El Primer Ministro francés, Mr. Daladier, dijo rotundamente en la sesión del 13 de junio de aquella Conferencia:

> "La reducción de la producción y de los cambios, representa una pérdida de más de treinta y cinco millones de dólares oro; es decir, más de tres veces la cantidad de oro que existe en el mundo."

Si, por lo visto, Europa está convencida (y tiene que estarlo), de que la moneda cara ahuyenta las transacciones con los países de moneda barata, ¿por qué no seguir el camino indicado de aceptar la rehabilitación del metal blanco y con esa medida, un bimetalismo convencional, que regularizase los precios y diese pábulo a universales transacciones?

Ya en la obra precitada, se ha puesto a descubierto la causa. Cada nación europea corre tras la hegemonía financiera, y ésta no puede alcanzarse hasta que reine en el mundo un sistema monetario equitativo sobre bases comunes y derechos recíprocos. ¡La democracia del dinero! No abandonarán por tanto, su falaz ilusión, sino cuando la necesidad se imponga y la bancarrota

asome su cabeza por entre las mallas de sus presupuestos de ingresos y las exigencias de sus presupuestos de egresos. No hay que esperar que la fuerza implacable de los hechos se imponga sin resistencias; pero debe vencérselas. ¿Cómo? Reuniéndose los platistas, los tributarios, en un acuerdo de defensa mútua, que establecerá una moneda internacional entre ellos, a base de oro y plata, es decir, bimetalista. Con ella se extenderá el comercio de las naciones coaligadas, facilitando el comercio entre ellas mismas, consumiendo sus productos, recibiendo sus materias primas y reservando sólo a los obstinados sectarios del talón de oro, el comercio de algunos objetos de arte o de lujo y el noble y desinteresado intercambio de los adelantos de la ciencia, dejándoles la satisfacción de conservar su moneda cara, a cambio de su ruina financiera.

Ya lo dijo con virilidad y clarividencia, que lo enaltece, nuestro eminente estadista el General Calles, se trata de una guerra económica de continente a continente. (*) Europa, la vetusta tierra del pasado y América, la tierra del porvenir, descrita en elocuente frase por Castelar, como *la inmensa pizarra tendida por Dios entre el Océano Atlántico y el Pacífico, para que el género humano, plantee, estudie y resuelva todos los problemas sociales.*

Un acercamiento cordial, un frente único del continente americano, sería un elemento de triunfo. La unión hace la fuerza. No haríamos más que seguir un procedimiento de defensa, *que ya están siguiendo los pueblos de talón oro.* Las potencias fieles a ese patrón: Francia, Italia, Suiza, Bélgica, Holanda y Polonia, entraron en un convenio, en el cual se declararon

> " convencidas de que el mantenimiento de su mo-
> " neda es esencial para la restauración económica

(*) "La Conferencia ha fracasado y la humanidad se encuentra ahora más desorientada que nunca, porque lo único claro, lo único patente que hemos visto, es que se están formando bloques de naciones para declararse la guerra económica, que tiene que ser más desastrosa que la guerra armada. Yo voy más allá: parece que se trata de establecer una política de carácter continental para declarar la guerra económica de Continente a Continente."—Discurso del Gral. P. E. Calles a su llegada a México, el 30 de julio de 1933. "El Nacional" Nº 1522. 31 de julio de 1933. Las palabras del Gral. Calles son precisas. Ya se está realizando esa profecía; su autor ha visto muy claramente la situación verdadera y la presenta sin ambajes.

"y financiera del mundo, para la recuperación del "crédito y la salvaguardia de los progresos sociales "realizados en sus países." "Al efecto, confirmaron "su voluntad formal de mantener el talón de oro "en sus respectivos Estados, a las paridades oro "actuales y dentro del marco de las leyes moneta- "rias existentes." (3 de julio de 1933.)

Esa política fué preconizada por Mr. George Bonnet en el discurso de clausura de aquella desairada reunión de sesenta y cuatro naciones, en los siguientes términos:

"Unicamente cuando entre varios países siguen una misma política, se hace posible concertar últimamente la ejecución de sus normas. Entendimientos (ententes) limitados entre grupos de naciones, que han llegado al mismo grado de readaptación y desarrollo social, constituyendo algunas veces la mejor condición para el éxito de un acuerdo más vasto y ambicioso. Querer anticipar el tiempo, sería correr el riesgo de algunas decepciones." (*)

Si en la Convención Pan-Americana, tomase parte la nación Estado-Unense y nos unimos sin discordias ni egoísmos, con la nobleza de nuestra raza y la alteza de miras de un Wáshington, de un Juárez o de un Bolívar, podremos contrarrestar la larga esclavitud económica que nos amenaza.

Los Estados Unidos representan el treinta por ciento del comercio mundial; las naciones latinoamericanas, tal vez un veinte por ciento. Eso constituye ya una fuerza imponente. Tal vez una moneda estable bimetalista, atraviese los mares y consiga una buena parte del comercio de Eurasia y posiblemente también, comulguen con nuestras ideas generosas de un acercamiento cordial y benéfico para la humanidad, algunas naciones de la misma Europa, sin ambiciones de preponderancia económica y entre

(*) L'Europe Nouvelle. 26 de agosto de 1933. Nº 811.

ellas España, cuya sangre está confundida en nuestras venas, y a la cual con razón, designamos con el dulce nombre de la Madre Patria.

Proponemos que el nacionalismo de defensa aislado, se convierta en un movimiento armónico de conjunto; no de nación a nación, sino de todas o la mayor parte de un continente, para que más tarde, vencidas las resistencias egoístas y ambiciosas, se transforme en un acuerdo mundial, alejándose así, cuanto sea posible, la realización de los siniestros augurios de una guerra implacable, que está tocando ya a la sordina, su fúnebre redoble de tambores.

Bastaría para justificar esta proposición, tener a la vista el acuerdo precitado de las potencias fieles al talón de oro, para hacer resaltar la conveniencia de un pacto semejante entre las naciones perjudicadas por el talón aurífero y cuyas aspiraciones son de favorecer el intercambio mundial, por medio de una moneda bimetalista, ya fuese metálica o a base de billetes representativos con garantía amplia y suficiente, a fin de asegurar su convertibilidad en uno u otro metal. Es evidente que si los signatarios de ese acuerdo, se han propuesto asociarse para sostener el talón aurífero, ha sido porque desean defenderse contra la posible resolución de las naciones que lo abandonaron, de admitir un nuevo sistema, fuese el bimetalismo puro y simple, fuese algún otro que respondiese a las necesidades de las naciones-plata y a las conveniencias de las desertoras del talón de oro.

Con esa conducta quisieron formar un sólido bloque contra el derrumbamiento de su ídolo protector, a fin de evitar un convenio internacional unánime o al menos, dada su actitud, de una mayoría aplastante. El solo hecho de que seis naciones se apartasen de cualquier convenio en contrario, tendría por efecto, conservar vivas las perturbaciones monetarias y dar pábulo a las fluctuaciones, que los auristas presentan, como su argumento supremo de resistencia.

Creemos que la Conferencia de Montevideo tomará en cuenta lo que ya se dijo, y ahora se repite, para reforzar el argumento. Es algo que aquellas naciones no consideraron. El talón de oro encarece la moneda. No hay bastante oro. La demanda crece: el

FARFOT

valor sube. Así se ve en estos momentos cotizarse la onza de oro a treinta y dos dólares y va en camino de llegar a cuarenta; es decir, el doble de su valor normal. En consecuencia, las monedas a base de oro, en países en que aun dura la convertibilidad, suben de aprecio y hoy se ven cotizadas a precios inesperados. Esto, probablemente, han de reputar esas naciones como un bien, y sus acumulaciones del metal amarillo, aunque deficientes, excepto en Francia, como el sendero florido que conduce a la riqueza. Para nosotros, es todo lo contrario. La curva de la moneda *ascendente*, está equilibrada por la curva de exportación *descendente*. La moneda cara compra mucho; pero no vende nada. Quizá estemos equivocados; pero la estadística de los últimos cuatro años, demuestra que las exportaciones europeas, han descendido a cerca de la mitad y llevan camino de seguir más allá. El resultado es pavoroso. Disminución de ventas, aumento de miseria pública, de cesantía y descenso de precios. El poder de compra de los países-plata, ha amenguado casi a la cuarta parte, por la baja del precio de su moneda y ahora, pocos son los privilegiados, que aun pueden afrontar costos inflados en esa proporción.

Contra ese estado de cosas, cada día más crítico, bajo el talón oro, hay que prepararse. Parece lógico que también las naciones americanas, que ven su moneda hundirse más y más, por una especulación suicida para los auristas y homicida para ellas, despierten de su letargo, se asocien para la defensa y respondan como una sola, a las necesidades de sus pueblos, por la rehabilitación de su moneda, siquiera en un consorcio con sus hermanas en este milagroso continente.

La asociación monetaria de las naciones de América, aisladamente, no será sin duda un remedio absoluto para la crisis monetaria. Europa quedará como una falange adversa. Naturalmente, entre dos rivales, sustentadores de teorías, diametralmente opuestas, se entablará lucha encarnizada. Los auristas procurarán deprimir la plata en los mercados abiertos, con objeto de vaciar las reservas de oro de las arcas de los Bancos. Esa maniobra tendería a demostrar prácticamente que el monetario bimetalista no puede sostenerse en una proporción fijada *artificialmente*. Es decir, que la aventura del talón aurífero, explotada

largos años por aquel continente y los países anglo-sajones de este lado del Atlántico, volvería a sentarse en el trono de su pasado poderío. *¿Artificialmente?* ¿Y acaso el talón de oro ha probado ser un sistema irreprochable que viva en un funcionamiento normal y sincrónico, como el ritmo de una máquina perfecta? El talón de oro, adoptado por convenio tácito del mundo entero, ha sido abandonado por todas las naciones, a excepción de Francia, Italia, Bélgica, Suiza, Holanda y Polonia. Los billetes se declararon inconvertibles. No se canjean por oro. Las pequeñas existencias de este metal yacen secuestradas en los sótanos infranqueables de los Bancos. Más aun, se ha prohibido la exportación del oro. Todavía más alla, se ha confiscado el oro existente en las bolsas de los particulares. Todos los medios coactivos y arbitrarios se han desplegado para evitar la fuga del oro y la disipación de las exiguas garantías metálicas creadas bajo el evanescente despotismo del áureo regulador de la moneda. Y sin embargo, aun se preconiza ese sistema y aun se aferran a los despojos flotantes de su naufragio. Tendrán que buscar una nave más eficaz. ¡La antigua, yace en las profundidades del mar de los desastres!

Demostrar la ineptitud de un sistema monetario, no significa forzosamente, que el rival sea mejor o más viable. Puede el talón de oro ser muy malo; pero el bimetalismo ser peor o impracticable. Nos toca, pues, demostrar que bajo un consorcio, ya no mundial, como logró el talón de oro, sino siquiera del continente americano, el bimetalismo sería salvador para la economía de las naciones asociadas. Hemos demostrado que para el régimen doméstico del continente, ninguna influencia perniciosa tendría el altibaja de los metales preciosos. La moneda circularía con el valor prefijado. En el caso, considerado el continente como una nación para los efectos monetarios, sólo debiera tener la demanda de moneda de oro para compras o saldo de cuentas en el otro lado del Atlántico. Ahora bien, esto significaría que las importaciones de manufacturas y materias primas arrojarían un saldo deudor contra las naciones bimetalistas coaligadas. Esto es lo que no es probable que suceda. Debe preverse lo contrario. La industria continental americana, puede surtir a todas sus na-

ciones en la inmensa mayoría de sus necesidades. Cuando la gran guerra surgió, Europa estaba cincuenta años atrás del maquinismo industrial Estado-Unense. Las materias primas de esta poderosa estructura regional, eran indispensables para los aliados. Su organización industrial y sus máquinas ahorradoras del trabajo humano (labor saving machinery) eran admirables y prestaron un contingente único en el mundo, para la subyugación de los heroicos y formidables Imperios Centrales. La mejor prueba es el monto colosal de la deuda europea en efectivo, materiales, armas y municiones, contraída en aquellas aciagas jornadas. También en la inusitada importación en la post-guerra de maquinarias destinadas a reformar y restablecer las industrias manufactureras. Una nación aislada no puede bastarse a sí misma; pero un continente asociado, puede colmar sus necesidades con el intercambio de sus productos. Cada una de las entidades que forman la pléyade de las Repúblicas altivas y progresistas de la tierra americana, tiene vastas riquezas mineras, agrícolas y forestales suficientes para atender a su consumo y exportar el sobrante, si lo hubiese. Cada uno de esos Estados elabora artefactos que le son peculiares y crece cada día en la escala industrial. Lo que a unos falte, podrá completarse de los otros, si alguna importación tuviese que hacerse de Europa o Eurasia, sería en escala reducida; en cambio, el remanente de sus exportaciones, casi agotadas, en el intercambio con sus coasociados, viajaría sin duda, hacia las costas trasatlánticas.

Por otra parte, las barreras aduanales, elevando sus impasables muros, pondrían un dique a los efectos extranjeros, similares a los producidos en el continente americano, y se impondría una *unión aduanera* sobre bases de mutuo provecho. La balanza del comercio estaría siempre inclinada del lado de este nuevo Zöllverein, más eficaz que aquel que culminó en 1865 y contribuyó tanto a la consolidación del Imperio Germánico.

Podrá augurarse que en esta guerra de tarifas, habrá represalias. Sin duda; pero el análisis cuidadoso de los recursos continentales, convencerá de que tiene Europa más necesidad del comercio de América, que ésta de aquélla. Por otra parte, ¿acaso estarán mejor las naciones de este hemisferio, consintiendo

en sacrificar sus riquezas y su bienestar a las fauces del Moloch de oro a base de papel, como hasta ahora? ¿Les convendrá ser eternamente tributarias de las naciones plutócratas auristas?

En esta guerra económica, desencadenada por ambiciones ilegítimas, lo peor es mantenerse inerte e indefenso. La capitulación es la muerte o la servidumbre financiera, que es la peor de las esclavitudes.

Para concluir. Una unión monetaria y aduanera continental americana, traerá mucho que ganar y poco que perder a los coasociados. Si Europa entra en ella, tanto mejor; se asegurará así la paz y el bienestar de la humanidad. Será un gran paso para una cooperación en el terreno económico que conducirá más tarde a otra de mayor alcance en el terreno político, y tenderá una capa de aceite sobre las olas amenazadoras de una nueva y próxima guerra. Si así no fuese, la Unión Pan-Americana podrá defenderse eficazmente y triunfar de las emboscadas de la plutocracia económica. No hay que olvidar que las guerras futuras, no se harán ya por la adquisición de superficies territoriales, que poco rinden, sino por la conquista de los mercados del mundo.

I

REHABILITACIÓN DE LA PLATA

Para lograr este paso primordial, en las transacciones de los Estados Signatarios del Pacto y dentro del territorio de cada uno, se considerará la plata con un valor de relación con respecto al oro no mayor de *uno a veinte*.

Relación con respecto al oro no mayor de uno a veinte

Proponemos esta *ratio*, porque parece responder al objeto que se persigue. La producción mundial de oro y plata, está actualmente en la relación de 1 a 12.4. Ya se ha demostrado con datos científicos y estadísticos, que la extracción de plata no está a voluntad del hombre, como tampoco la de oro. Depende de los criaderos y éstos son limitados y raros. Podrá acrecentarse la

PAPER

extracción de uno u otro, por el aumento de su valor comercial; pero siempre se encontrará un límite. Las minas, sean filonianas o irregulares, se agotan, como cuando en un vaso se bebe el contenido. Y no se crean a voluntad. Tenemos que atenernos a los yacimientos que nos muestra u oculta la tierra, hasta que se descubra la piedra filosofal. Como consecuencia, hemos tomado la proporción secular: 1 a 14.5; la más alta producción del metal blanco: doscientos sesenta millones de onzas, y añadiendo un margen de más de una tercera parte. La proporción de uno a veinte, es probable que se mantenga máxima por un período largo, fuera de la previsión humana. (*)

MEDIDAS CONVENIENTES PARA EL PROPÓSITO ENUNCIADO

A.—Deberá reglamentarse la extracción de plata de los países productores, estableciendo un límite amplio; pero fijo y predeterminado.

No obstante las reflexiones que anteceden, para obrar hasta el extremo de la prudencia, *hemos propuesto que se limite en los países productores, la extracción de plata hasta una cifra amplia y bastante para el bienestar de dichos países, pero fija e invariable.* Concordando con el párrafo anterior, podría tomarse como cifra máxima, el producto actual de los países co-asociados, más una tercera parte, como margen de expansión en el aumento posible de nuevas explotaciones o descubrimientos. Resultará así, no como simple disquisición teórica, sino como realidad innegable, que consta en los anales de la producción humana de esos metales y en las estadísticas de las casas de moneda y de las instituciones técnicas del ramo.

Debemos añadir que esa limitación no es imposible ni siquiera difícil. No se trataría de la supresión, sino de la limitación prudente y adecuada. Es de suponerse que los mismos mineros o industriales, tendrían interés en coadyuvar a una medida

(*) Véase para mayor desarrollo el Capítulo XXXV, Pág. 328, de la obra precitada *La Crisis del Talón de Oro.*

que les beneficiaría notablemente en el alza del valor del producto. Así se ha hecho con el café en el Brasil, con el petróleo y sus derivados en Estados Unidos de un modo oficial y con los trusts y otras agrupaciones financieras en multitud de efectos que sería prolijo enumerar, como el hule, el trigo, el henequén, el algodón y otros muchos. Esa medida adoptada espontáneamente con el fin de enrarecer el producto y en consecuencia, conservar o levantar los precios, sería a todas luces benéfica. Supóngase a una empresa minera de plata, agotando *actualmente* sus filones de leyes elevadas, para obtener apenas el costo de explotación o una ligera utilidad; y en cambio, en el supuesto futuro, obteniendo un precio que le permita derivar mayor utilidad de sus minerales de leyes bajas, a menos costo y con la facultad de reservar sus existencias metalíferas de leyes altas, como fondo de previsión o vaciarlas, muy paulatinamente, dentro de la derrama que le corresponda en la producción. Es evidente que ante esa perspectiva, se conseguirá una cooperación presurosa y de buena voluntad.

B.—Se decretará un consumo para los efectos de amonedación y garantía de valores fiduciarios o bancarios, artes suntuarias o industriales de cada país, en proporción a sus necesidades y a las obligaciones creadas por el acta de asociación.

Esta medida es la contrapartida obligada de la que antecede. Cada país tendrá interés en conservar o consumir para fines monetarios, el mayor stock compatible con sus recursos, a fin de estimular y garantizar la circulación en efectivo o en medios de cambio fiduciarios. La derrama de consumo, fué objeto en la Conferencia de Londres, de una especie de pacto *dubitativo* porque en realidad no contiene ninguna estipulación firme y la adhesión a sus términos es de una condicionalidad rayana en la ironía; pero sea lo que fuere, allí se reparte el consumo de la plata en un número de países interesados, en proporción a su productividad, con el fin de enrarecer las existencias. Proposición idéntica a la contenida en el inciso B que se comenta.

57

C.—Quedará prohibida la importación del metal blanco proveniente de países extraños al Pacto. Etc.

También este precepto está íntimamente ligado con el primero (inciso A) y podría considerarse como una consecuencia. Es claro que si se abriese libremente cualquiera de los países asociados a la importación de la plata de otros Estados extraños u hostiles a la Convención, se derrumbaría el dique artificial, levantado con motivo de la limitación productora y se inundaría el país respectivo con un torrente de metal blanco acumulado por la especulación o por los Gobiernos adversos al sistema adoptado. Por algún tiempo no habrá necesidad de prever esa importación, puesto que, se supone, formarían parte del Pacto México, Estados Unidos y Perú, los tres países de más alto coeficiente de producción de plata, y por tanto, probablemente, existiría una superabundancia de ese metal, después de llenadas las necesidades de la amonedación, industria y aplicaciones científicas entre los asociados. Empero, si la astringencia en la producción llegase a acentuarse con relación al consumo mundial de ese elemento, no sería imposible que se iniciase una demanda de los países asociados no productores.

II

MONEDA BIMETALISTA

A.—Adopción de un sistema monetario bimetalista a base de oro y plata en la proporción que se recomienda en el punto primero. La unidad monetaria que se convenga no será menor del valor que se haya fijado al dólar y deberá acuñarse sólo en plata, porque en oro sería demasiado pequeña y no serviría para las diarias transacciones. Contendrá un equivalente en plata al número de centigramos de oro que se fije en la relación preinserta. Esta moneda tendrá un poder liberatorio ilimitado a la par que la de oro y se admitirá por igual en todas las operaciones mercantiles o gubernativas dentro del territorio cubierto por cada Entidad signataria.

Esta enunciación, no necesita motivarse. La unidad monetaria será bimetalista, esto es, se considerará su equivalencia en ambos metales, o lo que es lo mismo: esa unidad será una moneda, con un valor igual a tantos centigramos de oro o tantos gramos de plata, en la proporción escogida. Tendrá que acuñarse en el metal blanco, para los efectos de la circulación, en razón a su tamaño y peso.

Composición de la moneda unidad

Sería indiferente usar cualquier metal, aunque no fuere precioso, y aun cartones o materias duras, como se ha visto en las épocas de penuria y acabamos de presenciar en los Estados Unidos; pero entonces surgiría una cuestión primordial: ¿Cuál es el objeto de la moneda? El intercambio. ¿Por qué se han escogido para ella metales preciosos? Porque son escasos y tienen cualidades de resistencia, brillo, duración y ductilidad, que les hacen adecuados al objeto. Tienen además el aprecio tradicional de todos los pueblos. Por tanto, si hubiese de decretarse una moneda universal, no se emplearían materias deleznables o viles; ni los pueblos verían tampoco con gusto las fichas francesas de níquel, como base circulante, sino que acudirían a metales preciosos, como se ha hecho desde el Stater de Babilonia, setecientos años antes de Cristo, hasta las monedas de nuestros días. Los pueblos reciben con gusto esa materia y la consagran como esencial de la moneda. Por la misma razón proponemos una unidad de moneda de oro o plata, a la paridad que se convenga.

Metal de la moneda unidad

La moneda representativa de la unidad ¿deberá ser de oro o de plata? I a plata se impone. En efecto, la unidad tiene, por su naturaleza, que ser de pequeña denominación. Está destinada a servir de base a las transacciones humanas y éstas son en su incontable mayoría, de pequeña importancia, en la vida diaria y en

FAPECFT

las necesidades de los pueblos. Dado el valor del oro, esa unidad no podría representarse materialmente por oro sino en fragmentos casi intangibles, que no llenarían su objeto de moneda de uso común y constante. Si se fijase la unidad demasiado alta, resultaría incómoda porque daría lugar a un sistema complicado de moneda fraccionaria o de vellón, como sucede en el absurdo sistema monetario inglés.

¿La fluctuación de la moneda? Eso es un estribillo de relumbrón con que han *deslumbrado* al mundo los auristas. La fluctuación de la moneda por las oscilaciones del metal de que está compuesta, es una mala interpretación que se funda en una concepción errónea del principio. *La moneda sirve de medio de cambio sin fluctuaciones ni obstáculos dentro del país que la decreta.* Sólo sufre aprecio diverso cuando sale de los ámbitos de ese país. *Dentro* de su territorio podrá comprar y vender y no habrá cotizaciones de su valor doméstico. *Fuera,* tendrá el valor del metal y las cotizaciones reflejarán el valor fluctuante de éste. *Dentro,* podrá comprar al valor corriente todos los efectos que produzca el país o se importen de otros que tengan moneda análoga, y sólo resentirá la carestía tratándose de adquirir mercancías importadas de países de moneda cara. *Fuera* adquirirá poco o nada. El metal para los efectos domésticos cuenta por poco. Así, Francia, da decretado la emisión de una moneda de cinco francos (algo más que nuestra unidad, el peso plata) compuesta de níquel. Es evidente que esa moneda dentro de Francia y sus colonias, será aceptada como medio de cambio, sin discusión, y circulará en todas las operaciones domésticas. En el exterior, sólo serviría para botones o fichas. Su único aprecio en el extranjero reposará, no en su nulo valor intrínseco, sino el valor moral de esperanza en su convertibilidad en el metal precioso que representa, al mismo título que un billete de banco. Que se declara inconvertible y quedará sólo la ficha, como esas rondanas de diversos colores, que usan los jugadores para encubrir sus apuestas; si no pueden convertirse en efectivo, no valen nada, No es, pues, para el exterior, propiamente una moneda, sino un título de crédito.

Empero, si se extiende el círculo de la efectividad coactiva de esos signos, a las colonias de una nación, por ejemplo, valdrán

en esas comarcas, lo mismo que en la Metrópoli; si se van ensanchando los círculos concéntricos, y otras naciones aceptan el mismo signo a la par, y los invisten de los mismos alcances en sus respectivos territorios, valdrá allí también dentro de sus fronteras respectivas; si ese círculo crece hasta abarcar un continente, dentro de él producirá idénticos efectos y, si por último, abarcase todos los países civilizados, la moneda sería universal y las fluctuaciones de valor, salvo las de cambio-situación, quedarían relegadas al pasado. Es decir, los mismos resultados traerá la medida dentro de la jurisdicción legal existente en una nación o de la confederación monetaria, que se cree por voluntad de las demás naciones soberanas, en un concierto obligatorio y coactivo internacional.

> B.—Aceptación de un tipo único; la unidad de moneda pan-americana o si se prefiriese, una moneda individual para cada país, aceptación por todas las naciones signatarias de las monedas de los otros países asociados, siempre que la unidad o tipo, llene los requisitos establecidos de contenido, aleación y forma, a la par y sin más diferencia que la que se derive del cambio-situación, o sea de los gastos de transferencia de la moneda.

Sería de desearse que la Convención adoptase un tipo único de moneda, con un cuño predeterminado por todas las naciones asociadas. Eso facilitaría aun más el intercambio; pero tememos que esa regla constituyese una fuente de discusiones y aun de desagrados, porque sería difícil que cada país prescindiese de estampar en el sello de su moneda los atributos tradicionales de su historia y soberanía. Por ello proponemos que, si se decide una unidad monetaria nacional, lleve ésta los mismos requisitos de contenido, aleación y forma geométrica, a fin de que sea idéntica en sus condiciones intrínsecas, aunque exteriormente tenga el cuño individual de cada Estado, con sus respectivos escudos, lemas y atributos nacionales.

C.—Prohibición a todos los bancos nacionales o de Estado, de emitir billetes de menor denominación que la equivalente a cinco unidades de la moneda tipo.

Esta prevención es de la mayor importancia. En los Estados Unidos, la emisión de billetes de los Bancos nacionales de denominaciones de uno, dos y cinco dólares, absorbió toda la circulación de moneda de plata de la unidad dólar y contribuyó poderosamente a la exclusión del metal blanco de la acuñación. que quedó reducida a la moneda fraccionaria. Supóngase la enorme circulación que habría resultado, si esas series de billetes no existiesen y se hubiese confinado la emisión a los de cinco o más dólares. Puede afirmarse que si esa poderosa nación y las demás latino-americanas de este Continente, adoptasen ese sistema, bastaría para consumir toda la producción sobrante de plata de los grandes centros mineros de América. Tómense en cuenta los jornales diarios inferiores a cinco unidades, y los gastos correlativos de los obreros y sus familias y, se tendrá una idea del monto de dinero en plata que tendrá que circular en el territorio de la unión monetaria proyectada.

Ya en su célebre entrevista de 17 de febrero del presente año, el General don Plutarco Elías Calles, con previsión matemática, ha señalado esa medida en las siguientes palabras, tan doctas como acertadas:

"Si en la Conferencia a que me vengo refiriendo, se llegara al acuerdo de rehabilitar la plata como moneda, creo que, entre otras medidas que se tomarían, se dictaría como primordial la de suprimir de la circulación todo papel moneda menor de dos unidades; digamos, por ejemplo, de dos dólares abajo, pues sólo en los Estados Unidos circulan cientos de millones de billetes de uno y de dos dólares; en Francia circula una enorme cantidad de billetes de cinco, diez, veinticinco y cincuenta francos, y así sucesivamente en todos los países, esto, desde luego,

traería como consecuencia la necesidad de emplear una gran cantidad de plata y el alza inmediata del metal argentífero."

D.—No autorizar emisiones de billetes de menor garantía de un cincuenta por ciento de su valor representativo, en metálico, sean monedas o barras selladas de oro o plata en igual proporción.

Para la estabilidad del sistema es preciso que impere una regla como la anterior. Sería preferible que la garantía fuese de la totalidad, y la emisión, entonces, no tuviese más objeto que facilitar el empleo de los medios de pago; aun así sería costeable para los Bancos emisores, toda vez que quedaría a su favor el anuncio importante derivado de la impresión de estos vales y la amortización de los extravíos y pérdidas de ellos en las innumerables transacciones diarias de esos elementos fiduciarios; pero, *cualquiera que sea el tanto por ciento de garantía, todas las emisiones de la totalidad de las naciones asociadas, deben reposar en depósitos en igual proporción,* pues de lo contrario, vendría la fluctuación en el aprecio comercial de la moneda, elevándose aquella que fuese mejor respaldada por mejor garantía y la depreciación consiguiente a las de mayor seguridad.

Este inciso contiene otro concepto. Se previene que la garantía, deberá consistir en monedas o barras de oro y plata en igual proporción. Esto es que la existencia afecta a la responsabilidad del billete, deberá consistir en ambos metales por mitad, a fin de que el título de crédito pueda ser redimido en cualquiera de ambos metales, a voluntad del Banco, bajo la regulación que acuerde la Comisión Monetaria, según se recomienda en el párrafo que sigue.

E.—Todo billete será representativo de las unidades que se designen y será redimible a presentación en monedas de plata u oro, a voluntad del Banco emisor, previo acuerdo de la Comisión Reguladora que cada país nombre, a fin de concordar la

60

extracción de uno u otro metal a la proporcionalidad de las existencias de cada uno de ellos.

Es muy esencial esta estipulación para el éxito de la Convención Monetaria. Es evidente que si la redención del billete pudiese ser a voluntad del tenedor, en oro o plata, esto podría prestarse a una maniobra de especulación doméstica o europea. Para ello deben existir uno o más centros reguladores, a semejanza de los métodos empleados por los Bancos Centrales para la fijación del talón de oro. El sistema operaría como aquéllos; es decir, en vista del alza o baja de uno de los metales, se canjearía sólo por aquel que tuviese un valor más reducido en los mercados abiertos. Esto sería perfectamente legal, puesto que el billete, bajo el bimetalismo, no puede enunciar más que el número de unidades, sin designar metal, oro o plata. Para la estabilidad de la moneda, traería una situación análoga a la de una balanza cuyos platillos se mantendrían al fiel con la regulación bancaria. Para la circulación, produciría el efecto de alentar la inconvertibilidad voluntaria, porque quien tuviese un billete, que tarde o temprano puede ser canjeado por la moneda deseada, no se desprendería de él para canjearlo por moneda del metal en baja. Para la contratación no traería alteraciones de importancia, porque la moneda o el billete bimetálicos, responderían a su objeto con poder liberatorio ilimitado, dentro del territorio de los países asociados.

F., G. y H.

Estas fracciones no necesitan explicarse.

III

Admitir en el Pacto Monetario a cualquiera de las demás naciones no signatarias que lo deseen, siempre que acepten expresamente las reglas que se contengan en dicho convenio.

Es evidente que el ideal de un sistema monetario, es contar con la totalidad, o por lo menos, con el mayor número posible de adeptos. Si alguna otra nación optase por el bimetalismo y aceptase las mismas estipulaciones de los asociados, es evidente que reforzaría el éxito de la medida. La Convención Pan-Americana no se propone, como una facción intransigente; se inicia únicamente con las naciones continentales de este hemisferio, porque la intención manifiesta de las potencias dominadoras del otro, es la de restablecer el abandonado talón exclusivo de oro y condenar para siempre a la plata, como metal amonedable.

No cabe duda de que, si la unión de este Continente produjese entre sus naciones un alivio a sus dificultades y un aumento de su tráfico internacional, cabría esperar que alguna o algunas de las naciones europeas exportadoras, al sentir el embate de las olas del ciclón económico que sopla, encontraría un remedio idéntico, acogiéndose a la balsa salvadora que llevase los náufragos a tierra.

IV

El inciso IV contiene una defensa contra las defecciones y una sanción para los remisos; ni una ni otra llegarán jamás a usarse, toda vez que los pueblos signatarios obran en pro de sus intereses, y se unen en un pacto de honor, que es la suprema ley, en la fecunda tierra que descubrió Colón.

Omitimos fundamentos de los demás puntos por ser de obvia consideración.

La premura del tiempo de que disponemos, nos hace presentar sólo las razones más importantes en este proyecto. Nos reservamos añadirlas en lo sucesivo y estamos a las órdenes de esa R. Secretaría para todo lo que pueda interesar a esta querida patria y a las demás naciones continentales, nuestras hermanas en nobleza e impulsos progresistas y generosos.

Respetuosamente.

México, D. F., 2 de octubre de 1933.

(f) J. L. Requena.

MEXICO'S CONTRIBUTION TO THE STUDY OF THE TOPICS ON THE AGENDA OF THE 7TH PAN AMERICAN CONFERENCE.

DEALING WITH SECTION IV

TOPIC 10-a

Program for the establishment of a Pan-American bimetallic Currency System.

By

JOSE LUIS REQUENA, L. D.

ooooo o O o oooooo

FAPECFT

N. B. - The Mexican Delegation to the 7th International Pan-American Conference at Montevideo does not necessarily share nor does it assume any responsibility for the whole of the ideas, opinions and specific formulae for solution that may be contained in the present study. Mexico's intention being fundamentally that of submitting its points of view, by way of consultation, to the other Delegations, any contributions of opinions or work this publication signifies should be looked upon as material towards finally forming the opinion of the Conference.

FAPECIT

PROGRAM FOR THE ESTABLISHMENT OF A PAN-AMERICAN BIMETALLIC CURRENCY SYSTEM.

An International Pan-American Convention is to be proposed, with a view to the establishment of a bimetallic currency system, common to all the Nations of this Continent, on stable and mutually beneficial basis.

The objects of such a Convention would be the following:

I

REHABILITATION OF SILVER.

In order to achieve this first step at all, the value of silver would in the transactions of the States signatories to the Covenant, and within the territory of each one, be considered as being in a ratio to that of gold of not more than one to twenty.

MEASURES EXPEDIENT TO BE TAKEN FOR ACIEVING THE PURPOSE STATED.

A. - Extraction of silver by producing countries shall be regulated, by fixing and predetermining a limit thereto.

B. - Consumption for purposes of coinage and for guaranteeing the fiduciary or banking securities, and sumptuary or industrial arts of every country, shall be fixed by decree in proportion to its needs and to the obligations created by the covenant of association.

C. - Importation of the white metal from other countries strangers to the agreement shall be prohibited. The confederate Governments may only import silver from such countries when the co-associated producers shall be unable to supply their demands, in accordance with the preceding subdivision of this article. Importation shall in that case take place proportionately to the total output of each silver-producing country.

II

BIMETALLIC CURRENCY.

A.- Adoption of a bimetallic currency system on a gold and silver basis in the ratio recommended in section I hereof. The value of the monetary unit agreed upon shall not be less than that fixed for the United States Dollar, and it shall be coined in silver only, because

DRAFT

it would, if coined in gold, be too small and be useless for daily transactions. Said coin to contain the equivalent in silver of the number of centigrames of gold fixed in the ratio mentioned hereinabove. Such money would be legal tender to an unlimited amount on a parity with gold, and would be accepted equally with it in all mercantile or government transactions within the territory of each signatory State.

B.- Acceptance of a single type of coin; the Pan-American monetary unit, or if preferred, on individual coin for each country, to be accepted by all the Nations signatory to the currencies of the other associated countries, provided always that the unit or type shall fulfill all requirements as to content, alloy and form, at par and with no difference other than that arising out of transfer-exchange, i.e., cost of transfer of such money.

C. - All National or State Banks to be prohibited from issuing notes of any denomination lower than five units of the standard currency.

D. - No issues of notes to be authorized unless secured by at least fifty per cent of their representative value, in metal, whether in the form of coin, or gold or silver bullion in a similar ratio.

E. - All notes shall be representative of the units to be designated and shall be redeemable on demand in gold or silver coin at the option of the Bank of Issue after prior order made by the Regulatory Comitte designated by ecah country, so as to make extraction of either metal duly proportionate to the stocks of each one.

F. - It shall be agreed that each country may freely coin the number of monetary units required for its internal circulation.

G. - It shall be stipulated that all fractional currency or subsidiary currency, fron ten cents up to unity, shall be coined in silver and no other metal, the only ones excepted from this rule being those of lower denominations than ten cents which may be struck in some other metal.

H. - The minting of gold coins of a value representing less than five units, shall be prohibited.

III

To admit as parties of the monetary covenant any other and non-signatory Nations so desiring, provided that they expressly agree to the rules contained in said agreement.

IV.

To reserve to itself the power to cancel the contract with any

Nation attempting in any way to hinderthe success of the plan adopted, whether by taking measures contrary to the objects thereof or carrying into execution acts or practices tending to upset the equilibrium of the currency system forming the basis of the of the collective contract.

V.

To fix the number of years as an obligatory period during which the Agreement is to be in force, said agreement to be considered as binding in honor.

VI.

CERTAIN SUGGESTED REGULATORY PROVISIONS

A.- Every country shall forthwith suspend the minting of any coins other than those agreed upon and shall as soon as possible proceed to demonetize any such circulation, by calling them in and exchanging them for new coins, and shall further withdraw all authority from Banks to issue notes of denominations lower than those resolved upon, and impose upon said Banks the obligation to redeem or exchange any presented to them. Governments shall do the same in all transactions connected with revenue and expenditures.

B. - The erection by each State, within its own twrritory and in the excercise of its sovereignty, of a Comitee for Regulation of the working of currency system agreed upon and to supervise the strict and bona fide enforcement of the provisions of the Agreement. Such Comitees shall, in addition to the duties imposed on them by their respective Governments, prepare for the latter such reports and statistical data as may have to be obtained and submitted to the annual Congress of Representatives.

C. - As an indispensable complement to the above, at the meeting of the representatives of the associated countries, an International Congree of the signatory Nations, at which the questions connected with the more efficient execution of the Convenant and any others relevent to the mutual monetary relations of the co-associated countries will be dealt with, shall be decided on. Such Congress shall be hold every year on the date and at the place designated in the Monetary Agreement itself. Such first Congress shall resolve upon the city and date where and on which the succeeding annual session is to be held. Such Congresses shall be technical, for study, and advisory in character, and any resolutions passed thereat shall be in the nature of recomendations only. To that endstatistical data and reports on the functioning of the system in each Nation shall be communicated to them, and remarks

or inquiries in regard to any matters connected therewith shall be submitted, besides which any measures advisable for the common good shall be voted on thereat.

The rules of procedure, formalities and regulations shall be decided upon by the associated Nations, and failing such action, proceedings shall be governed by the rules obtaining in international Congresses of that character.

B A S E S .

An International Pan-American Convention is to be proposed with a view to the establishment of a bimetallic currency system common to all the Nations of this Continent, on a stable and mutually beneficial basis.

We do not here attempt to enter upon any discussion of the desirability of bimetallism, something we have elsewhere demonstrated, in extenso. (#) Silver is coming back. Bimetallism becomes necessary, because there is not gold enough to sustain an exclusively gold standard, and because world transactions, specially as regards interchange of the raw and manufactured materials and goods, have dropped down to famine prices, due to the lack of means of exchange in importing and exporting Nations. It is sufficient to take into account the facts that the trade of the whole world has fallen from thirty two thousand one hundred and forty nine million dollars in 1929, to twenty two thousand four hundred and fifteen millions in 1931, and that as predicted by that illustrious statesman, Francesco Nitti, it now fluctuates between twelve and fifteen thousand millions, according to the latest statistics. What Nation can contradict this? It would be sufficient for it to compare budgets for expenditures with proceeds from taxes over the five-year period immediately preceding 1920, while colonial post-war inflation yet prevailed and consequently means of exchange and stock-exchange securities abounded even to excess, which though fictitious or swollen to the bursting-point, yet played, due to the blind faith of the peoples, the part of the fundamental elements for the circulation of wealth.

England's Prime Minister, Mr. Ramsay MacDonald, in his opening speech at the London Conference, on June 12th of the current year, pronounced the following memorable words:

"Since 1929 prices have fallen and have kept below levels at which production can be remunerative. They have fallen irregularly, moreover, and have distorted the normal relationships upon which economic activity is pivoted. The fall in prices has added oppressively to the burden of world indebtedness. In 1932 compared with 1929 the production of raw materials has fallen 30 per cent, and the exchange between town and country has been tragically limited. National income has fallen seriously elsewhere and in some countries

(#) "The Crisis of the Gold Standard" Caps. XXVIII and XXIX, pp. 268, 276

by 40 and 50 per cent. The general crises, accentuated by restrictions, by tariffs, quote, exchange control, has reduced international trade between 1929 and 1932 to less than three-quarters in volume exchanging at about half the price. The gold standard has had to be deserted more generally than has been the case in time of peace since it was erected into the international measure of exchange. And inevitably, irrespective of policy and forms of government, unemployment has mounted up until the world figure issued by the International Labor Office reached 30,000,000. This cannot go on. The world is being driven upon a state of things which may well bring it face to face once again with a time in which life revolts against hardship and the gains of the past are swept away by the forces of despair."

Fortunately, the Great Powers are now becoming convinced of the fact that economic laws may not be violated with impunity. The greater the scarcity of gold, the greater the value of this metal; and it being the only such under the gold monetary standard, the greater also the value of the money. As the insufficiency of gold is undeniable, because American and French accumulation of this metal has brought about a gold famine in other countries, and with it the NOMINAL abandonment of the gold standard, the demand for this metal grew proportionately. Latterly, (September 18, 1933) the price of metallic gold has been fixed at the hitherto unheard-of figure of $31.45, United States currency, per ounce, in actual coin, that is, more than fifty per cent in excess of its normal value, while if payable in paper, the price is $65.72, i.e. three times more than the representative value of the note. An unavoidable consequence of this is that any money containing gold rises in a similar ratio. Thus we see how in countries having a silver currency (the most numerous and populous countries of the world) quotations of their currency have dropped enormously, while on the other hand that of countries on a gold basis has risen accordingly. Taking French money as an example, we find that francs were quoted in 1930 at $0.391-7/8 and they are now worth $0.600, that is to say, about twice as much.

The situation obtaining in the group of silver currency nations, the eternal tributaries to the iniquitous speculations of the gold-standard nations, is worse. The economic result affords no room for discussion. It is right here before us. Gold-standard Nations have to guard their exportable wealth, whether in raw materials or manufactured goods, in the depths of their warehouses, and restrict production, or else go to the extreme of depressing prices until the difference in the value of their money is made up, which means ruin for their producers and merchants. The wealth of these countries diminishes, the proceeds from taxation fall, their means of existence are reduced. Neither more nor less that what happens in the case of a merchant who raises the price of his wares overnight to twice, three or even four times as much as their usual value.

This barrier in the way of interchange, is a far more serious

obstacle than customs tariffs. The rates of such tariffs do not amount to much in the face of that impassable guardian gold's feudal castle. Then importing peoples, impoverished by the present depressive crisis, that is tosay, with scantier resources, see how foreign goods rise to prices beyond their reach, while they stay passive without even attempting to attain them, as when a traveller from the bottom of a deep ravine gazes on the imposing mass of the mountain that has to be scaled. The object has been attained; THEIR MONEY IS WORTH MUCH, BUT NO ONE BUYS ANYTHING. This is why the United States has realized that its foreign trade would, with dear money, decline day by day, and how the clear understanding of its President has shown it the way to control of world trade, by cutting the dollar down to half its value. This is why France has also, jealously viewing the possibility of such absorption of trade, threatened to raise customs tariffs against the United States by 16% if the latter puts that measure in force, as though attempting by means of such a threat to hold back the overwhelming impetus of the monetary revolution.

We were hardly able to understand what that news item meant. France's Prime Minister, M. Daladier, at the meeting of that Conference on June 13th, bluntly stated:

"The fall in production and exchange represents a loss of over thirty five thousand millions dollars gold; that is to say, over three times the amount of gold actually existing on the earth."

If, as seems to be the case, Europe is convinced (as she must be), that dear money scares away transactions with other countries having cheap money, why she does not follow the obvious course of accepting the rehabilitation of the white metal, and together with this measure, a conventional bimetallism to regularize prices and afford material for world-wide transactions?

The reason of this has already, in the work cited above, been revealed. Every European Nation pursues financial hegemony, something impossible of attainment so long as an equitable currency system on a common basis and with reciprocal rights shall reign in this world. The democracy of money: - They will not, therefore, forego thier fallacious illusions, until stern necessity makes them do so, and bankruptcy pushes out its ugly face from between the meshes of thier budgetary revenues and the requirements of their expenditures. It must not be expected that the inexorable force of events will impose itself without meeting with some resistance; but such resistence must be overcome. How? By the coming together of the partisans of silver, of the tributary Nations, in an agreement for mutual defense, which shall establish an international currency among them, on a basis of both gold and silver, e.i., on a bimetallic basis. The trade of the Nations thus associated in partnership would thereby be extended and commerce between them helped, by consuming their own products, receiving their own raw materials and leaving only to the stubborn sectaries of the gold standard, their trade in certain articles of art or luxury and the noble and disinterested interchange of scientific progress, plus the satisfaction of preserving their own dear money in exchange for financial ruin.

PROOF

As our eminent stateman, General Calles, has already courageously and clearsightedly proclaimed, it is a case of economic war between one continent and another;(#) Europe, the ancient land of the past, and America, the land of the future, described by Castelar in eloquent words as THE ENORMOUS SLATE LAID BY GOD BETWEEN THE ATLANTIC AND PACIFIC OCEANS SO THAT THE HUMAN RACE MAY PROPOUND, STUDY AND SOLVE ALL SOCIAL PROBLEMS.

A cordial raprochement, a united single front presented by the American continent, would make for triumph. Union is strenght. We would only be taking the same steps for our own defense, as are already being taken by the countries on the gold standard. - The Powers still faithful to that standard, France, Italy, Switzerland, Belgium, Holland and Poland, have made an agreement in which they declared that they are:

"Convinced that the keeping up of their currency is essential to the economic and financial restoration of the world, for the reestablishment of credit and for safeguarding social progress achieved in their countries." - To that end they confirmed "their formal intention of preserving the gold standard in their respective States at present gold parity and within the purview of existing monetary laws." (July 3, 1933)

The above policy was recommended by Georges Bonnet at the closing meeting of that meeting, which fell so flat, of sixty four Nations, in the following terms:

"It is only when a number of countries pursue the same policy that it becomes possible to agree successfully upon how their standards are to be carried out. Understandings (ententes) limited to groups of nations which have reached the same degree of readaptation and social development, at times constitute the best condition for the success of a some vaster and more ambitious agreement. To attempt to anticipate time would be to run the risk of more than one disappointment." (o)

(#) "The Conference has proved a failure and humanity is now more than ever at a loss, because the only thing which is clear, the only thing we have seen to be manifest, is that blocks of nations are being formed for the purpose of waging economic warfare, which must prove more disastrous than an armed struggle. I go even further; it seems that an attempt is being made to establish a policy of a continental character to declare economic war as from continent to continent." Speech by General Calles on his arrival in Mexico City July 30, 1933. "El Nacional" No. 1522, July 31, 1933. - General Calles' words are precise. His prediction is already coming true; he who uttered it clearly saw what the real position was and announced it without circumlocution.

(o) L'Europe Nouvelle. August 26, 1933. No. 811.

If the United States should take part in the Pan-American Conference and we should without discord or selfishness join together, we shall with the nobility of our race and the lofty aims of a Washington, a Juarez or a Bolivar, be able to counteract the lengthy economic slavery which now menaces us.

The United States account for thirty per cent of the world's trade; Latin-American Nations together may perhaps stand for about twenty per cent. This already constitutes an imposing array of force. A stable bimetallic currency may perchance cross the seas and obtain a goodly share of Eurasia's commerce, and even some few Nations of Europe herself may, if free from greed of economic control, fall in with our generous hope for a cordial raprochement for the benefit of humanity, among them Spain, whose blood runs in our veins, and upon which we rightly bestow the sweet-sounding appellation of Mother Country.

What we propose is that isolated defensive nationalism be transformed into an harmonious combined movement; not as from nation to nation, but as including the whole or the greater part of a continent, so that such action may later on, once the resistance inspired by greed and selfishness shall havebeen overcome, be transformed into a world-wide agreement, thus warding off so far as possible the realization of the sinister auguries of an implacable war, the roll of whose muffled drums may even now be heard in a funeral undertone.

It would be sufficient, in order to justify this proposition, to have before one the aforesaid agreement made by those Powers still holding to the gold standard, to make still more evident the advisability of a similar covenant between the Nations injured by that very gold standard, Nations whose aspirations lie in the direction of fostering world-interchange by means of some bimetallic currency, whether actually metallic or on a basis of representative notes backed by ample and sufficient security, so as to insure their convertibility into either metal. It is obvious that if the signatories of the above-mentioned agreement contemplate associating together in order to uphold the gold standard, it is because they wish to defend themselves against a possible resolution by the Nations that have abandoned it, of accepting a new system, whether bimetallism pure and simple, or some other answering the needs of the silver-standard Nations and suiting the interests of those that have gone off the gold standard.

By the procedure mentioned above they attempted to form a solid block to prevent the downfall of their protecting idol, and to defeat an unanimous international agreement or at least, given their attitude, such an agreement by an overwhelming majority. The mere fact that six Nations staid aloof from some contrary agreement would have the effect of keeping monetary perturbations alive and of affording material for fluctuations, which the goldites put forward as their supreme argument for purposes of resistance.

We think that the Montevideo Conference will take into account what has above been said and is here repeated in order to reinforce

our argument. It is something those Nations failed to consider. The gold standard makes money dearer, and there is not enough gold to be had. The demand for it increases, and its value goes up. Thus we see how gold is now being quoted at thirty two dollars an ounce and is fairly on its way to reaching forty; that is to say, twice its normal value. The consequence is that money on a gold basis in those countries where convertibility still obtains, increases in esteem and their coins are quoted at unespected prices. This will very likely be considered by those Nations as an advantege, and their accumulations of the yellow metal, although deficient, excepting in France, will be looked on by them as the lovely path leading to wealth, although we are convinced that the contrary is the case. The ascending curve of money is offset and balanced by the descending curve of exportation. Hoarded money purchases many things, but sells nothing at all. We may possibly be mistaken; but the statistics of the last four years show that exports fron Europe have dropped down to almost half, and that this downward tendency continues strongly marked. The results are terrifying and consist in lessened sales, increased public misery and unemployment, and falls in prices. The purchasing power of the silver-standard Nations has shrunk to almost one fourth, due to the fall in value of their currencies, and now those privileged persons who can afford to meet costs so tremendously inflated are but few.

Such a state of affair, growing day by day more critical under the gold standard, we must prepare to resist. It would seem logical that the Nations of America, as they see thier money sinking deeper and ever deeper in speculation suicidal to the goldites and involving death for them, should awake from their torpor, join together for defense and as one nation meet the needs of their peoples by means of the rehabilitation of their currency, even if only by organizing a consortium with their sister Nations on this marvellous continent.

Such a monetary association of the Nations of the Americas by itself would doubtless not be a sovereign remedy for the monetary crisis. Europe would still be left forming an adverse phalanx. As is only natural in the case of two rivals upholding diametrically opposite theories, a bitter struggle could not but begin. The goldites will strive to depress silver in the open market, in order to empty Bank vaults of their gold reserves. This manoeuver would tend to show in a practical manner that a bimetallic monetary standard could not be sustained in an artificially fixed ratio. That is to say, that the adventure of the gold standard as exploited for long years by that continent and by the Anglo-Saxon countries on this side of the Atlantic would again seat gold on the throne of its past power and splendor. Artificially? do we hear them say? And has the gold standard by any chance shown itself to be an irreproachable system functioning over normally and synchronously, like the rhythmical whirr of a machine in perfect repair? The gold standard adopted by a sort of tacit agreement by the whole world, has been abandoned by all the Nations with the exception of France, Italy, Belgium, Switzerland, Holland and Poland. Notes are declared inconvertible, and are no longer exchanged for gold. Such small stocks

of this metal as remain are held captive in the inaccessible vaults of Banks. Moreover, the export of gold has been prohibited; nay more, gold existing in the pockets of private individuals has been confiscated. All coercive and arbitrary methods have been resorted to in order to prevent the flight of gold and the dispersion of the scanty metallic security created under the ephimeral despotism of the golden regulator of currency. An yet that system is still advocated and they cling to the floating debris from its wreck. They will have to stock a stouter ship, as their old one lies far down in the depths of the sea of disaster.

To show the uselessness of a currency system does not necessarily mean that its rival is better or fitter to survive. - The gold standard may be a very bad one, and yet bimetallism may be worse or impracticable. It is our task, then, to show that bimetallism, under a consortium, not a world one, like that achieved by the gold standard, but even of the Nations of the American continent, would be the saving of the Nations thus associated. We have shown that as regards the domestic regime of the continent no pernicious influence would flow from the rise and fall of the precious metals. Money would circulate at the prefixed value. In such case, and considering the continent as a single Nation for monetary purposes, gold coin should only be in demand for purchases or settlements of accounts on the other side of the Atlantic. Now, this would mean that imports of manufactured goods and raw materials would show a debit balance against the bimetallist Nations leagued together, but this is just what is hardly likely ever to happen, and the contrary is what should be provided for. Continental American industries will be able to supply an immense majority of the needs of all the Nations on the Continent. When the Great War broke out, Europe was fifty years behind the mechanically developed industrial system of the United States. The raw materials of that great industrial aggregation were indispensable to the Allies. Its industrial organization and its labor-saving machinery were admirable and afforded a contribution unique in the world for the subjugation of the heroic and formidable Central Empires. The best proof of this consists in the colossal amount of Europe's debt in money, materials, supplies, arms and munitions, as contracted in those bitter days, and also in the unheard-of importation during the post-war period of machinery intended to alter and improve manufacturing industries. A single Nation cannot be sufficient unto itself; but an associated continent can easily supply its needs by interchange of its own products. Each one of the States constituting the group of proud and progressive Republics of the American continent possesses enormous mining, agricultural and forest wealth, sufficient to supply its own consumption and for export of the surplus, if any. Each one of those States turns out artefacts peculiar to it and daily climbs higher on the industrial scale. What some lack can be supplied by others, and if anything had to be imported from Europe or Asia, it would be on a small scale only; on the other hand, any surplus left over from exports almost wholly absorbed by interchange with associated Nations would doubtless find its way to the other side of the Atlantic.

On the other hand, customs tariffs would, by raising unsurmoun-

table walls, erect a barrier against foreign goods of a similar nature to those produced on the American continent, and a Custom Union on a basis of mutual benefit would become a necessity. The ballance of trade would always incline to the side of this new Zollverein, which would be more efficient that that which culminated in 1865 and contributed so greatly to the consolidation of the German Empire.

It may be forecasted that such a tariff war would involve reprisals. No doubt; but a careful analysis of the Continent's resources will convince anyone that Europe stands more in need of trade with America than the latter of trade with Europe. Aside from that, would the Nations of this hemisphere by any chace find themselves better off by consenting to sacrifice their wealth and welfare to the insatiable jaws of the golden Moloch with feet of paper, as they have done until now? Will it suit their interests to remain this eternally tributary to the plutocratic gold standard Nations?

In this economic war, started by bastard greed and ambition, the worst thing any one can do is to remain passive and defenseless. Surrender is death or financial slavery, the worst of all slaveries.

In conclusion, the associated Nations would have much to gain and but little to loss by such a continental American monetary Union. Should Europe wish to join, so much the better, as this would ensure the peace and welfare of humanity, and would be a great step towards co-operation in the economic field, later on to lead to a more far-reaching such in the political sphere, and pour oil on the troubled waters threatening now an imminent war. But even should this not come about, the proposed Pan-American Union would be able to defend itself efficiently and triumph over the ambuscades of economic plutocracy. It should not be forgotten that future wars will no longer be waged for the acquisition of new territories, which are not so very productive, but for the conquest of the worl's markets.

I

THE REHABILITATION OF SILVER

In order to achieve this first step at all, silver shall, in the transations of the States signatory to the Covenant and within the territory of each one, be considered as being worth, in a ratio to gold, not more than ONE TO TWENTY.

RATIO TO GOLD NOT EXCEEDING ONE TO TWENTY. - We propose this ratio, because it seems to answer the object pursued. World production of gold and silver at the present time stands in a ratio

of 1 to 12.4. It has already been shown by means of technical and statistical data that extraction of silver is not dependent on the will of man, nor that of gold either. It is dependent on natural deposits and these are scarce and limited. The mining of either one may be stimulated by an increase in its commercial value, but some limit will always be encountered. Mines, whether with vein-matter or irregular, are evntually exhausted, just like a glass emptied by drinking its contents, and cannot be created at will. We must be satisfied with such deposits as Mother Earth may reveal or conceal, until such time as the philosopher's stone is discovered. We have in consequence taken the age-old ratio, 1 to 14.5, and the highest recorded production of the white metal, two hundred and sixty millions ounces, and further added a margin amounting to over a third. The ratio of one to twenty will most likely continue to be a maximum not exceeded for a very long period, far beyond the reach of human foresight. (#)

MEASURES EXPEDIENT TO BE TAKEN FOR ACHIEVING THE PURPOSE STATED.

A. - Extraction of silver by producing countries shall be regulated by fixing an ample, but fixed and pre-determinated, limit thereto.

Notwithstanding the foregoing reflexions, we have, in order to keep within the most conservative bounds, proposed that the extraction of silver in producing countries be limited to a figure that will be ample and sufficient for the prosperity of such Nations, and yet be fixed and unvarying. Pursuant to the preceding paragraph we might take present production of the associated countries, plus one third, as the maximum figure, to allow a margin for expansion due to possible increases from new operations or discoveries. It would thus prove to be the fruit, not a merely theoretical disquisition, but an actual and undeniable fact, recorded in the annals of production by humanity of these metals, and in the statistics of Mints and thecnical institutions in that branch.

We must add that such limitation is not impossible or even difficult. There would be no attempt at suppression, but only conservative and adequate limitation. It is to be assumed that the very miners or the industry itself would have every inducement to co-operate in a measure that would benefit them highly by reason of a rise in value of their product. The same thing has been done in the case of Brazilian coffee, with petroleum and its derivatives in the United States, by official action, and in that of the trusts and other financial groups in the case of a multitude of commodities

---

(#) For fuller treatment of this point, see Chapter XXXV, p.277, of the work quoted above, "The Crisis in the Gold Standard".

which it is superluous to enumerate, such as india-rubber, wheat, sisal, cotton and many other such. A measure of this kind spontaneously adopted to render the product scarcer and consequently to keep up or raise the price, would from every standpoint be highly beneficial. Let us suppose that a silver mining enterprise at present EXHAUSTED its richer veins and thereby hardly managing to pay for operation or obtain a small profit; and on the other hand, in the future we have thus assumed, obtaining a price that will allow it to win a higher profit from lower grade ores, at less cost and enabling it to keep as reserves its stocks of higher grade such, or to deplete them gradually within the amount of production apportioned to it. It is obvious that with such a prospect in view, prompt and willing co-operation could be counted on.

B. - Consumption for purposes of coinage and for guaranteeing the fiduciary or banking securities and sumptuary or industrial arts of every country, shall be fixed by decree in proportion to its needs and to the obligations created by the covenant of association.

This measure is the obvious corollary to the preceding one. Every country will be interested in keeping or consuming for monetary purposes, the largest stock consistent with its own resources and so as to stimulate and guarantee circulation in actual cash or in fiduciary means of exchange. Apportionment for consumption was at the London Conference the subject of a sort of dubious covenant, because this does not in reality contain any firm stipulation and adherence to its terms is so absurdly conditional as to border on sarcasm; but be this as it may, in it consumption of silver is, in a number of interested countries, apportioned in proportion to their productiveness, in order to render stocks scarcer, this making it a proposal identical to that advanced in subdivision (B) here commented on.

C. - Importation of the white metal from other countries strangers to the Agreement shall be prohibited.

This precept is also closely boundup with the first (section A) and could be looked upon as a consequence thereof. It is obvious that if any of the associated countries opened its doors to importation of silver from other States strangers or hostile to the Convention, the artificial dyke thrown up for limitation of production would collapse and the country in question wouldbe flooded by a torrent of white metal accumulated by speculators or Governments inimical to the system adopted. For some time, however, there would be no need to provide against such importation, as it is assumed that Mexico, the United States and Peru, the three main silver producing countries, would be parties to the covenant, and there would probably be a super-abundance of this metal, after the needs of coinage, industry and scientific uses among the associated Nations had been met. However, should stringency in production become accentuated with respect to world consumption of that element, it would be quite possible that a demand therefor might arise among the non-producing countries.

II

BIMETALLIC MONEY

A.- Adoption of a bimetallic currency system on a gold and silver basis in the ratio recommended in section I hereof. The value of the monetary unit agreed upon shall not be less that that fixed for the United States dollar and it shall be coined in silver only, because it would, if coined in gold, be too small and be useless for daily transactions. Said coin to contain the equivalent in silver of the number of centigrames of gold fixed in the ratio mentioned hereinabove. Such money would be legal tender to an unlimited amount on a parity with gold and would be accepted equally with it in all mercantile or Government transactions within the territory of each signatory State.

There is no necessity of stating the grounds for the above proposition. The monetary unit would be bimetallic, that is, its equivalence in both metals would be fixed, or what comes to the same thing, that unit would be a coin with a value equal to so many centigrades of gold or so many grams of silver in the ratio decided on. It would have to be coined in the white metal for purposes of circulation, in view of its size and weight.

COMPOSITION OF THE UNIT COIN. - Any metal, eventhough not precious, could be used indifferently, and even card board or any hard material, as has happened in times of penury and as we have just seen in the United States, but then a fundamental question would arise, viz., what is the purpose of money? The answer is, interchange. Why have the precious metals chosen as the material for money? Because they are scarce and have certain qualities of strength, brightness, duration and ductility, that make them peculiarly well-fitted for that purpose. They further enjoy the traditional esteem of all peoples. Consequently, if it were a question of decreeing a universal coinage, no fragile nor base metals would be used, nor would people favorably receive, say, nickel tokens like those used in France, as a basis for their circulating medium, but would resort to the precious metals, as they have always done ever since the Greek Stater was coined seven hundred years before Christ, down to the coins of our own days. The peoples accept such materials with pleasure and sanction their use as the essential basis for coins. This is why we recommend a unit coin of gold or silver, at a parity to be agreed upon.

METAL THE UNIT COIN IS TO BE COMPOSED OF. - Should the coin representative of the unit be gold or silver? It must of necessity be silver. In fact, the unit must, due to its very nature, be for a low denomination. It is destined to serve as the basis for the transactions of humanity, and these are in an immense majority for small amounts, in the daily life anf for the needs of the peoples. Given the value of gold, that unit could not actually nor physically be composed of this metal except in almost intangible pieces, which would not fulfill their purpose as a coin in common and constant

use. Should too high a unit be fixed, it would prove inconvenient because involving a complicated system of fractional or subsidiary currency, as happens in the absurd monetary system prevailing in England.

And what about fluctuations of currency? This is fine-sounding claptrap by which the partisans of gold have dazzled and misled the world. The fluctuation of money due to oscillation in value of the metals of which it is composed, is a misconstruction based on a mistaken conception of the principle. Money serves as a means of exchange without fluctuations nor obstacles within the country decreeing it. It is otherwise esteemed when it leaves or crosses the borders of that country. It will, within its own territory, buy and sell and its domestic value will not be the subject of quotations. Abroad, it will have the value of the metal it is made of and quotations will reflect the fluctuating values of the latter. At home, it will purchase at their current value any goods produced or imported from other countries with a similar currency and will only fall short when it is a matter of purchasing goods imported from other countries on a dear money basis. Abroad, in the latter cases, it will purchase little or nothing. The actual metal does not, for domestic purposes count for much. Thus, France has decreed the issue of a five franc coin (rather more than our unit, the silver peso) made of nickel. It is obvious that these coins will, inside France and in her colonies, be accepted as a means of exchange, without objection and circulate in all domestic transactions. Abroad, they will only be used for buttons or tokens. The only esteem they will be accorded abroad will rest, not on their intrinsic value which is next to nothing, but on the moral value of the hope of its convertibility into the precious metal it represents, in exactly the same way and for the same reason as a bank note. Let it be declared inconvertible, however, and only the token will be left, like those different colored chips used by gamblers, which if inconvertible into cash are worth nothing. So that coin is, so far as other countries are concerned, not properly a coin at all, but only evidence of credit.

However, if the area of the compulsory effectiveness of such coins be extended, say, to a Nation's colonies, they will in those regions be worth the same as in the home country; if such concentric circles be gradually widened and other Nations accept the same token at par and clothe it with the same representative value within their respective territories, it will also be worth its face value within their borders; should the radius of that circle be lengthened so as to make it cover a whole continent, it will over it produce exactly the same effects, and should it lastly, extend over all civilized countries, the money in question would be universal and fluctuations in its value, excepting those involved by transfer-exchange, would become things of the past. That is to say, such a measure would bring about the same results, either within the legal jurisdiction of any one country or in that of a monetary confederation

created by the will of the other sovereign Nations, in an international compulsory and coercive association.

B. - Acceptance of a single type of coin; the Pan-American monetary unit, or if preferred, an individual coin for each country, to be accepted by all Nations signatory to the currencies of the other associated countries, provided always that the unit or type shall fulfill all requirements as to content, alloy and form, at par and with no difference other than that arising out of transfer-exchange, i.e., cost of transfer of such money.

It would be highly desirable that the Convention should adopt a single type of coin, to be exactly the same in all the associated Nations. This would render interchange easier still, but we fear that such a provision would constitute a source of discussion and even of dissension, because it would not be easy to get every country to waive its right to stamp on its coinage the traditional attributes of its history and sovereignty. For this reason we propose that if some such national monetary unit be decided upon, it comply in every case with the same requirements as to content, alloy and shape, so that all the coins may be identical as regards their intrinsic qualities, even though they may outwardly bear the individual stamp of each State, with its respective arms, mottoes, and national characteristics.

C. - ALL NATIONAL OR STATE BANKS to be prohibited from issuing notes of any denomination lower than five units of the standard currency.

This provision is of the highest importance. In the United States the issuance of National Bank Bills in denominations of one, two and five dollars has displaced from circulation the whole of the one dollar unit silver coinage and has powerfully contributed to drive the white metal from coinage in such units it having been reduced to the role of fractional currency. One may imagine what an enormous circulation would have taken place had those series of bills not existed and issues been confined to five dollars bills or higher. It may be asserted that if that great Nation and the Latin-American countries on this continent were to follow that course, it would be sufficient for absorption of the whole surplus production of silver from the great mining centers of the Americas. Let daily wages lower than five units, and the correlative expenses of workers and their families, be taken into account, and some idea will be reached as to the amount of silver coins that would have to circulate in the territory covered by the proposed Monetary Union.

General Plutarco Elías Calles has already, in his celebrated interview of February 17th of this year, advocated such a measure with mathematical foresight, in the following words, as weighty as to the point:

FAIR DRAFT

"Should a resolution be at the Conference to which I refer, adopted for the rehabilitation of silver as money, I think that among other measures to be taken, the first should be that of withdrawing from circulation all paper money of a lower denomination than two units, say, for example from two dollars down, as in the United States alone there are in circulation hundreds of millions of one and two dollar bills; and in France an enormous number of five, ten, twenty five and fifty franc notes, and so on in all countries. The immediate consequences of such a measure would be the using up of a large quantity of silver and an instant rise in the value of the white metal."

D. - No issues of notes to be authorized unless secured by at least fifty per cent of their representative value in metal, whether in the form of coin, or gold or silver bullion in a similar ratio.

For stability of the system it is essential that some rule like that set out above prevail. It would be better if security were for the full amount so that the sole object of the issue would be that of facilitating the use of means of payment; it would even thus pay banks of issue to do this, inasmuch as they would have in their favor the valuable advertisement consisting in their imprint upon such effects and amortization by reason of losses and destruction of notes, in the innumerable transactions daily effected with such fiduciary instruments; but whatever the percentage of the security may be, the whole of the issues of the whole of the associated Nations must be backed by deposits in the same proportion, as otherwise fluctuations would affect the commercial esteem of the currency, and that backed by more ample security would rise in value, while that with less security behind it would depreciate.

That section contains another concept. It provides that security must consist of coin or gold and silver bullion in the same proportion. This means that the stock serving as a guarantee for the note must consist of both metals in equal moieties, so that the instrument of credit or note may be redeemable in either metal at the option of the Bank, under regulations to be resolved upon by the Monetary Comitee, recommended in the following paragraph.

E. - All notes shall be representative of the units to be designated and shall be redeemable on demand in gold or silver coin at the option of the Bank of Issue, after prior order made by the Regulatory Comitee designated by each country, so as to make extraction of either metal duly proporcionate to the sotocks of each one.

The above stipulation is highly essential to the success of the Monetary Convention. It is obvious that if redemption of the

notes could be left to the option of the holder, in either gold or silver, domestic or European speculative manoeuvers might start a drain on the stocks of whichever metal stood at a higher price in the market. For that purpose one or more regulating centers should be established, following methods similar to those employed by the Central Banks for fixing the gold standard. The system would operate in exactly the same way as these, that is to say, conversions would in view of a rise or fall in either of the metals be made only into the one standing at a lower value in the open market. This would be perfectly lawful, inasmuch as a note would only, under bimetallism, stand for a given numbre of units, without specifying any metal, nor gold, nor silver. It would, as regards stability of currency, bring about a situation comparable to that of a pair of scales, the pans of which would be kept in balance by means of banking regulations. As regards circulation it would have the effects of encouraging voluntary in convertibility, because any one with a note in his possession which he would sooner or later be able to exchange for the coins desired, would not get rid of it in order to exchabge it for the metal then falling in the market. In the case of contracts, no important disturbances would be involved, because the bimetallic coin or notes would answer the purpose for which they were intended, by being legal tender to unlimited amounts within the territory of the associated countries.

F, G, and H. - These sections need no explanation.

III

To admit as parties to the monetary covenant any other non-signatory Nations so desiring, provided that they expressly agree to the rules contained in said agreement.

It is obvious that the ideal, in the case of a currency system, is to count upon the whole or at least the greatest possible number of followers. Should some other Nation decide upon bimetallism and accept the same stipulations as the associated Nations, it is obvious that this would contribute greatly to the success of the measure. The Pan-American Convention is not advocated as an uncompromising faction; if it is to begin with the Nations of this Hemisphere only, it is because the manifest intention of the Powers controlling gold, is that of re-establishing the abandoned exclusive gold standard and of condemning silver for all time as a coinable metal.

There is no doubt that if union of this Continent were to afford the Nations thereon relief from their difficulties and increase their foreign trade, it would be reasonable to expect that some one or more of the Europen exporting Nations, on feeling the blast of the economic whirlwind now blowing, would resort to the same remedy, and seek a place on the saving raft that will bear them to shore.

IV.

Subdivision IV contains a defense against defection and a penalty for the remise; neither the one nor the other would, however, ever have to be resorted to, inasmuch as the signatory peoples would act on behalf of their own interests and become parties to a covenant by which they would be in honor bound, this being the paramount law in the fertile lands discovered by Columbus.

We omit the grounds of the remaining points hereof in view of their obviousness.

The shortness of the time at our disposal only allows us to state the more important of the reasons for this proyect. We reserve the right to add them hereafter and are at the disposal of that Honorable Department in everything that may be of interest to our beloved country and to the other Nations of the Continent, our sisters in noble, progressive and generous impulses. -

Respectfully,

Mexico, D.F., October 2, 1933.

(signed) J.L.REQUENA.

Lic. José Luis Requena.

FAPECIT

FAPECFT